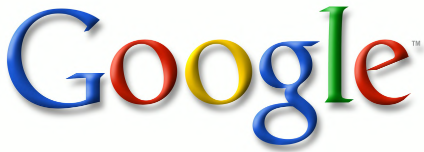



UC-NRLF
$B 268 310



Á LA LUZ DE UNA LÁMPARA

A LA LUZ

DE

UNA LÁMPARA

COLECCIÓN DE CUENTOS MORALES

POR

MARÍA DEL PILAR SINUÉS

obra comprendida en la lista
de libros de lectura para las escuelas elementales
por real orden de 30 de Octubre de 1863,
recomendada á los gobernadores superiores civiles de Ultramar
por otra de 12 de Agosto de 1865
y declarada de texto forzoso para ejercitar la lectura
en todas las escuelas públicas
de instrucción primaria de las islas Filipinas
por decreto de 20 de Mayo de 1866.

SEXTA EDICIÓN

CUIDADOSAMENTE CORREGIDA

MADRID
ESTAB. TIPOGRÁFICO DE ÁLVAREZ HERMANOS
15 —Ronda de Atocha— 15

1889

CENSURA ECLESIÁSTICA DE ESTA OBRA

Digno es de todo elogio el celo é idea prósperamente ejecutada por la ilustración y piedad de la *señora doña María del Pilar Sinués de Marco* en su colección de cuentos morales Á LA LUZ DE UNA LÁMPARA, cuyo examen y calificación dignóse V. S. I. encomendar á mi parecer y fallo.—Esta obra importantísima no sólo se halla conforme, en todo sentido, á los dogmas de nuestra fe católica, documentos é instrucciones de la moral más honesta, sino que ofrece á los padres de familia abundancia de máximas agradables y sobremanera eficaces para aficionar, instruir y regular los primeros pasos de las edades tiernas, con trascendencia feliz al cuerpo del cristianismo, hoy tan rudamente combatido por el malicioso empeño del genio censurador y maldiciente.

Juzgo, pues, que el celo justificado de V. S. I. debe interesarse en la pronta reimpresión de esta obra utilísima.

FRAY LUIS GOCHINEZ.

Madrid 27 de Marzo de 1868.

INTRODUCCIÓN

I

Una de las noches del invierno que espira, hallándome yo en casa de la señora Condesa de R..., anunció ésta á sus amigas un baile para niños.

Casi todas las señoras presentes eran madres; la Condesa tiene también dos bellísimas niñas, de ocho y diez años de edad, y un niño de once; y como para las madres es en extremo agradable todo lo que toca al bienestar ó á la diversión de sus hijos, el anuncio del baile fué hecho y recibido con la más grande satisfacción.

Todas aplaudieron el pensamiento de la Condesa, y le dieron gracias por su galantería para con ese pequeño mundo sonrosado y alegre que se llama infancia.

Fijóse el día de la fiesta para el lúnes próxi-

mo, y en seguida se pasó á hablar del atavío de los convidados.

—Yo, dijo la Condesa, soy de opinión de que el baile sea de etiqueta, y no de trajes; así los niños tomarán una idea de las maneras que se usan en la buena sociedad y se evita la incomodidad de pensar en los disfraces.

—Está bien, amiga mía, repuso la Baronesa de C..., pero yo no creo posible que los niños vistan de etiqueta.

—¿Por qué razón, amiga mía?

—Las niñas, pase; pero, querida Condesa, ¿vamos á vestir á los niños de frac y corbata blanca?

—Es verdad, observó la señora de W..., eso no es posible, sobre todo tratándose de niños, como los míos, que cuentan cinco y siete años.

—He aquí lo que yo he pensado, dijo la Condesa, cuya viva imaginación estaba muy en armonía con su espiritual semblante; el traje de los niños, desde el más chiquito hasta el mayor, que no podrá pasar de doce años, se compondrá de lo siguiente: chaqueta inglesa y pantalón de paño negro Sedán, media negra de seda calada, zapato bajo de charol con hebilla de oro, camisa de batista, corbata y guantes blancos, y gorra

á la rusa de fieltro negro, que tendrán bajo el brazo, ni más ni menos que un caballero tiene su sombrero en un baile de etiqueta: éste es el programa invariable para los convidados; las convidadas vestirán de tul, gasa ó crespón, según el gusto y capricho de sus madres, pues es sabido que en los grandes bailes, si los caballeros tienen que sujetarse con rigor á un solo modelo, en cambio las damas pueden entregarse á todas las variantes de la veleidosa imaginación.

—¡Bien, muy bien pensado!—exclamaron en coro todas las madres.

—Vestiré á mi rubia Sofía de crespón azul—dijo una en cuyo semblante brillaban la alegría y el orgullo.

—Y yo de tul blanco á mi morena Carmen—observó otra—y adornaré su cabello negro con una diadema de belloritas.

—Señoras—dijo la Condesa—advierto á ustedes que no admito otros convidados de doce años para arriba que las madres y los padres de los cándidos bailarines; la fiesta empezará á las ocho; á las diez se abrirá el comedor, donde habrá dispuesta una abundante cena, y concluída, se volverá á bailar hasta las doce, que terminará la función.

—Adiós, pues, Condesa—dijo una señora levantándose;—todo el tiempo me parece corto para arreglar á mis niños; ya sabe usted que tengo cuatro.

Las demás señoras siguieron el ejemplo de aquélla, levantándose también, y se despidieron de la Condesa, deseando que llegase el día siguiente para dar principio á los preparativos del baile.

II

Todas las noches de aquella semana—pues el anuncio del baile tuvo lugar en lunes—fuí yo á casa de la Condesa: dos modistas y las dos doncellas de la casa se hallaban ocupadas en los trajes de las niñas; contaban éstas, como ya he dicho, diez años la mayor y la menor ocho, y eran bellas y graciosas como dos ángeles. Luisa, la mayor, era grave, modesta y dulce. Elena, la más pequeña, alegre como un día de Mayo, y ambas veían con placer cómo adelantaban sus trajes, en tanto que estudiaban sus lecciones para dar gusto á su mamá.

En la velada del viernes anunciaron á la se-

ñora de P..., y la Condesa dió orden de que pasase al cuarto de labor.

La señora de P... era una dama de fisonomía dulce y triste á la vez, y yo observé que, al mirar los trajes que ya concluían las modistas, se llenaban sus ojos de lágrimas.

—¿Ha recibido usted hoy una esquela de convite para sus niños?—le preguntó la Condesa.

—Sí, señora—respondió la señora de P... reprimiendo un suspiro.

—¿Supongo que vendrán al baile?

—No sé... Julia está algo enferma—contestó la señora de P... con vacilación.

—No admito excusas—repuso jovialmente la Condesa.

La señora de P..., cuya aflicción parecía crecer, cambió bruscamente la conversación y se puso á hablar conmigo.

Ya hacía tiempo que yo la trataba y adiviné la causa de su pena; un pleito muy largo acababa de arruinarla cuando aun lloraba la pérdida de su esposo, muerto dos años hacía.

Comprendí que su actual pobreza no le permitía hacer para sus tres niñas y sus dos niños los gastos que exigía aquella fiesta infantil, y que había ido á ver á la Condesa para darle

una excusa que sus labios no se atrevían á formular.

¡Ay, niños míos! ¡Es tan amargo algunas veces confesar el infortunio para las almas delicadas y nobles!

Después de media hora de visita, la señora de P... se levantó para retirarse, y yo me acerqué á ella.

—Iré á ver á usted el lunes por la noche—le dije á media voz—y haremos por divertir á los niños.

—¡Gracias, amiga mía!—me respondió estrechándome la mano.

Después se despidió de la Condesa y salió más pálida y triste que cuando había entrado.

—Las tres niñas de esta señora que se ha ido lloraban hoy en el colegio porque decían que su mamá no las dejaría venir al baile—observó Luisa, la hija mayor de la Condesa.

Ésta no puso atención en las palabras de la niña, pero yo sentí una lágrima en mis ojos al pensar en la amargura de la señora de P... y en el dolor de sus hijas.

III

A las siete de la noche del lunes entraba yo en casa de la señora de P...

Desde la escalera oí gemidos y sollozos de los niños, y la suave voz de su madre que les consolaba.

Aquella familia, dueña poco tiempo antes de una pingüe fortuna, había habitado siempre una soberbia casa en una de las más hermosas calles de Madrid; ahora vivía en un cuarto tercero muy modesto en una solitaria travesía.

Entré en la estancia en que se hallaba la señora de P..., alumbrada á la sazón sólo con una vela, y vi un espectáculo que me conmovió profundamente.

En un sofá, y cada una sentada en un extremo, estaban Enriqueta y Magdalena, niñas de nueve y siete años, é hijas de la señora de P... Ambas ocultaban su lindo rostro en uno de los brazos del sofá, y lloraban amargamente.

Julia, la mayor, que contaba diez, se apoyaba en el hombro de su madre y lanzaba de vez en

cuando un hondo gemido, mientras Carlos y Antonio, de seis años el primero y de cinco el segundo, gritaban y lloraban con enojo.

—Vamos á ver si se admite una proposición mía—dijo la cariñosa madre dominando el tumulto.—Dios, hijos míos, nos ha dejado pobres, y no hemos podido hacer los gastos que el baile exigía: hay que tener paciencia y conformarnos con su santa voluntad; pero ¿no os gustaría que yo os contase un cuento, ó mejor dicho, una historia, mientras los demás amiguitos vuestros están en la fiesta?

Estancáronse como por encanto las lágrimas, y la buena madre prosiguió:

—Julia, enciende la lámpara de globo blanco que da aquella luz tan apacible; ponla en el velador y sentaos todos en derredor de él con nuestra amiga; cenaremos á las diez, como los señores convidados—añadió con una santa sonrisa, á través de la cual brilló en sus ojos una lágrima—y tendréis natillas para postre: vamos, hijos míos, es cuanto puedo hacer por vosotros; ¿estáis contentos?

—¡Ah, sí, sí, mamá mía!—exclamaron las tres niñas arrojándose al cuello de su madre llenas de gratitud, mientras los pequeñuelos las

imitaban y pugnaban por subirse á su falda.—¡Sí, mamá, ya no lloraremos más!

—Aquí está la lámpara—dijo Julia—poniéndola sobre un gran velador redondo.

—Pues á sentarse mientras yo doy á Catalina algunas disposiciones para la cena.

—¡Oh, amiga mía, cuánto la admiro á usted—exclamé yo estrechando la mano á la señora de P...—¡Qué madre tan santa, tan amorosa! ¡Ah, sus hijos la recompensarán!

—Así lo espero—repuso la señora de P...—Mi buena madre me educó del mismo modo. Yo la amaba mucho y no pasa día en que no la bendiga por haberme enseñado á soportar la adversidad; ¿pero usted querrá oir mi cuento? El deseo de consolar á mis hijos me hará quizá abusar de la paciencia de usted.

—Deseo oirle tanto como ellos.

—Pues vuelvo y empezaré; coloque usted á los niños.

Desapareció la señora de P... é hice sentar á sus hijos en torno en la mesa; luego dejé vagar mis miradas por aquella habitación tan modesta y humilde, pero tan aseada y encantadora.

Era el cuarto de la madre, y en la alcoba y á los dos lados de la suya estaban las camitas de

los dos niños; Julia, Enriqueta y Magdalena ocupaban un gabinete inmediato.

Una mesa con tocador, un armario grande y una sillería de poco precio componían el mueblaje; un hermoso cuadro de la Asunción de la Virgen presidía y la risueña imagen parecía sonreir á los niños y alegrarles con su compañía.

Poco después de haber salido, volvió á entrar la señora de P..., ocupó su asiento, que era el de preferencia, y á la suave luz de la lámpara dió principio á su cuento.

Advertí en los semblantes de los niños que la tristeza no había abandonado sus corazones y que su resignación era algo forzada; su madre lo advirtió también; pero á medida que la narración iba adelantando, las frentes se despejaban y la animación volvía á los ojos; no era extraño, porque era una de esas historias frescas y graciosas que se graban en el alma de los niños.

Cuando se terminó, todos pidieron otro cuento con gran instancia, y yo uní mis ruegos á los de los oyentes.

— Mañana — dijo la madre — mañana os contaré otro, ó más bien, si queréis, os contaré

uno cada día de la semana hasta llegar el domingo. Pero ahora vamos á cenar y á domir, porque es tarde.

La buena madre cumplió su promesa: cada noche refirió un cuento á sus hijos; yo formé parte del auditorio, y os los ofrezco, mi queridos niños, reunidos en este libro.

Supe después que el baile de la Condesa estuvo brillantísimo; que los concurrentes fueron modelos de compostura y de gracias; que en él se lucieron trajes magníficos; pero los niños de la señora de P... me decían algunos días después de haber tenido lugar tan notable fiesta:

—No hubiéramos disfrutado tanto en el baile como con los cuentos de mamá; aquél pasó, dejando el cansancio al cuerpo, y éstos han dejado buenos ejemplos y dulces consejos en el alma.

FIN DE LA INTRODUCCIÓN

EL VESTIDO DE BAILE

—¡Oh, qué noche, qué noche vamos á pasar dentro de diez días!—exclamaba Lola dirigiéndose á sus hermanos Juanito y Eugenia.—¡Cuánto deseo que llegue, Dios mío! ¡Cuánto deseo que llegue!

—Y yo también—repuso Eugenia batiendo palmas y dando saltos de alegría—deseo muchísimo que llegue, para disfrutar del delicioso espectáculo que van á ofrecernos los condes de Villaclara.

—¡Bah, bah! Esas cosas siempre se ponderan más de lo que son—dijo Juanito con toda la gravedad de sus once años.

—¡Pues yo no sé qué se pueda ponderar aquí que luego no hayamos de ver realizado!—observó Lola un tanto amostazada.

—Está claro—añadió Eugenia:—¿no ha

visto papá cómo estaban poniendo ayer los faroles de colores en los jardines? ¿No ha visto los peces en las fuentes? ¿No ha visto las mesas para la cena debajo de los emparrados? ¡Pues me parece que ya no hay que dudar!

—Es que Juanito duda de todo.

—Peor para él.

—Sois unas necias charlatanas—dijo el niño;—yo os digo que, aunque papá haya contado todas esas maravillas, aunque las haya visto, nos parecerán á nosotros muy inferiores á los elogios que ahora nos hacen.

—Tú, por echarla de hombre, no sabes qué hacer—dijo Lola, que tenía nueve años y era gemela de Eugenia;—pero aquí viene Enriqueta y veremos cuál es su parecer.

Enriqueta tenía un año más que Lola y Eugenia, y uno menos que Juanito; es decir, que tenía diez, y su exterior llamaba mucho la atención, más que por su belleza expresiva y graciosa, porque reflejaba un alma llena de ternura y sensibilidad.

Era blanca y rosada, con largos y espesos cabellos castaños, y ojos muy grandes y muy dulces, de color pardo; su frente era ancha y despejada, descubriendo una inteligencia poco co-

mún y gran nobleza de instinto y de pensamientos; su boca era bonita, aunque algo triste, porque Enriqueta, como todas las niñas que sienten mucho, no era alegre; prefería un buen libro á correr y saltar con el aro y el cordón de seda, y su mayor placer consistía en aliviar con limosnas á los desgraciados.

Sus hermanas, que también tenían muy buena índole, eran más vanas, más petulantes que ella y mucho menos dulces y modestas.

—Ven á darnos tu parecer, hermana—dijo Juanito, que amaba mucho á Enriqueta.

—¿De qué se trata?—preguntó ésta.

—Se trata de que estas dos tontas creen que van á ver un país de encantadoras en los jardines de los condes de Villaclara.

—Muy hermosos dicen que están—contestó Enriqueta, que, siempre prudente y modesta, no quería contradecir á sus hermanas ni disgustar á su hermano.

—Sí, sí, hermosos, no lo dudo; pero no pienso sorprenderme con tal espectáculo.

—Pues yo sí—dijo Lola;—y no veo la hora de ponerme mi traje de maja.

—También yo deseo saber cómo está el mío de caballero de la corte de Felipe IV.

—Y yo el mío de pastora suiza—añadió Eugenia.

—A Enriqueta le han enseñado esta mañana modelos y figurines, y ha elegido el traje de Isabel de Valois, aquella reina rubia y bonita que, según dicen, fué tan desgraciada.

—Ya lo sé—repuso Eugenia, á quien su hermano dirigió las anteriores palabras—y mamá dice que Enriqueta estará preciosa con él, y que ha tenido mucho talento para elegirle.

—Sí—dijo Lola.—Según mamá, Enriqueta tiene talento para todo, al paso que á nosotras no nos le encuentra para nada.

Estas palabras, dichas con amargura, hicieron una dolorosa impresión en Enriqueta, que miró con tristeza á su hermana.

—Callad, que viene vuestra aya—dijo Juanito viendo á doña Matea, excelente señora que cuidaba de la educación de las niñas.

Aquélla se acercó á éstas, y á la primera mirada conoció los amagos de la tormenta que se agitaba entre las tres hermanas.

—Señoritas, vamos á dar un paseo—dijo con cariñoso acento;—su señora madre quiere que salgamos á tomar el aire libre, y Francisco nos llevará una buena merienda en una cesta. Jua-

nito saldrá con su preceptor, y luego se nos reunirán ambos, para participar de la merienda, en el cerrillo de San Blas.

Dichas estas palabras, el aya tomó de manos de una camarera, que la había seguido, tres sombreros de paja redondos y elegantes, y cubrió con ellos los hermosos rizos de las tres hermanitas.

Poco después se dirigían al paseo de Atocha doña Matea y las niñas, cada una armada de su sombrilla, pues han de saber mis lectores que el día en que esto tenía lugar era uno de los primeros del mes de Julio.

Detrás de las cuatro iba un corpulento lacayo con una cesta grande de tapas colgada al brazo, de la cual se exhalaba un delicioso olor.

Las niñas hablaban poco, sobre todo las dos más pequeñas, pues su imaginación estaba enteramente absorta pensando en el baile de verano que en la noche del 15 de aquel mes daban en sus jardines los condes de Villaclara á los niños de sus numerosos amigos.

Los condes no tenían hijos, pero vivía en su compañía, y á su cuidado, una sobrinita de ocho años, niña encantadora por sus gracias y su bello carácter.

Esta amable criatura debía hacer los honores á todos los convidados, vistiendo el suntuoso traje de M.me de Sevigné, la amorosa madre, la gran escritora, la virtuosa y ejemplar mujer que tanta gloria ha dado á Francia.

Los condes querían que la fiesta fuese deslumbradora y que tuviese lugar en sus jardines, á causa de lo caluroso de la estación.

Al efecto se habían preparado dos grandes salones con estatuas y arcos de verdor y flores, uno para el baile y otro para la cena; el alumbrado debía ser á la veneciana, la orquesta magnífica; en fin, los condes de Villaclara deseaban que aquella fiesta infantil sobrepujase á cuanto hasta el día se había visto en Madrid en su género.

Todo esto, que oían repetir á cuantas personas veían, sobraba para preocupar á las niñas; así es que hablaban muy poco, embebecidas en sus reflexiones.

Eran ya cerca de las siete de la tarde cuando llegaron al cerrillo de San Blas, uno de los puntos de vista más agradable que ofrece Madrid; al calor sofocante del día había sucedido un ambiente fresco y consolador, embalsamado por el perfume de las mil florecillas campestres

y por el ramaje de los árboles. Francisco abrió la gran cesta, y de su vientre salió primero un blanco mantel, luego aparecieron dos sabrosas tortillas, algunos pasteles, dulces, frutas, y, por último, una botella de exquisito vino y otra de agua.

Cada uno ocupó su sitio, y las niñas se despojaron de sus sombreros y de sus guantes para merendar con más comodidad, culpando á Juanito y á su preceptor porque tardaban en llegar.

Por fin se les vió asomar por una senda de travesía y tomaron sus sitios en derredor de la mesa.

Mas apenas el preceptor había empezado á partir las tortillas para servir á cada uno su ración, se distrajo de un modo bien triste la atención de sus comensales.

Un anciano venerable, con los cabellos blancos y casi tullido, se acercó á la improvisada mesa, apoyándose penosamente en los brazos de un niño de diez años y de una niña de nueve, mientras detrás de ellos aparecían otros cuatro de menos edad.

Dos, sobre todo, eran tan pequeños, que podía asegurarse no habían cumplido los tres y los cuatro años.

El pobre viejo pidió con acento doliente y sumiso una limosna, empleando esa tierna fórmula de los cristianos: *¡Por el amor de Dios!*

—¡Jesús!—exclamó Lola á media voz:—¡si hemos de satisfacer el hambre de esos mendigos hay que darles toda la merienda!

—¡Pues no son pocos!—murmuró á su vez Eugenia.

—Vamos á darles un pan y algunos pasteles—propuso Juanito.

—Tiene usted razón, hijo mío—exclamó el preceptor; y volviéndose al anciano le dió un pan y le dijo:

—Tome usted, buen hombre, y repártale entre todos.

Luego tomó cuatro pastelillos, se los dió también, y añadió:

—Esto para los chiquitines.

—¡Que Dios y su Santísima Madre les recompensen su caridad, mi buen señor, mis nobles señoritos!—exclamó con lágrimas de gratitud el pobre viejo; y al instante se alejó seguido de su prole, como si no hubiera querido molestar con su presencia.

—¡Pobre anciano!—dijo Enriqueta, por cuyas blancas mejillas corrían gruesas lágrimas.

—¡Eh! ¿Ya empiezas á lloriquear?—observó Lola riéndose.

—¡Qué quieres! ¡Me da pena el pensar en que nuestro papá será así de viejecito algún día, y Dios, que todo lo puede, quizá le deje pobre!

—¡Qué disparate!—exclamó Eugenia.—¡Papá es riquísimo!

—Yo he leído, hermana mía, que los hijos de un rey de Francia tuvieron que recoserse sus viejos vestidos en una cárcel, donde los encerraron—dijo Enriqueta.

— Justo—repuso Juanito—los hijos de Luis XVI, que murió en el cadalso: además, el Delfín, Luis XVII, que sólo tenía ocho años, fué puesto de aprendiz en casa de un zapatero, y se hinchó todo, y se murió á fuerza de golpes que le daba su bárbaro maestro: ¿no es verdad, D. Venancio?

—Nada hay más cierto—respondió el preceptor—y alabo la buena memoria de usted.

—Ya veis—dijo Enriqueta, que no cesaba de llorar:—más es un rey que nuestro padre, por rico que sea. En todos los ancianos me duele mucho la miseria, porque me acuerdo de que lo serán un día nuestros padres; luego, mirando su parte de tortilla, añadió:

—Aya mía, si usted me lo permite voy á darle mi merienda al viejecito.

—¿Y tú, qué vas á merendar?—preguntó Lola.

—Una naranja.

—¿Nada más?

—Nada más si no, no tendría valor mi limosna: no es mucho tan corta privación para aliviar á ese pobre anciano.

—¡Es usted un ángel, hija mía!—dijo doña Matea abrazando á Enriqueta; luego añadió dirigiéndose al preceptor:

—Señor don Venancio, hágame usted el favor de poner en una servilleta toda la merienda de esta niña.

Don Venancio puso la tortilla entre un pedazo de pan, dos pasteles, dos naranjas y algunos dulces, y luego llenó una copa de vino.

—Ahí va su parte entera—dijo el buen señor—y además estas dos monedillas de mi bolsillo.

Enriqueta misma cogió la servilleta á pesar de quererla llevar Francisco. Doña Matea tomó el vaso y las monedas, y ambas se dirigieron á donde estaba sentado el viejo rodeado de los niños y todos comiendo con voraz apetito el pan de la limosna.

—Buen hombre—dijo el aya:—coma usted este pedazo de tortilla caliente y beba este vasito de vino, que le fortalecerá; es la merienda de esta amable niña, que se la cede á usted muy gustosa.

—¡Ah, mi buena señorita!—exclamó el anciano;—tiene usted la cara de ángel y el alma también; pero si la voz de los ancianos llega al cielo, usted será muy dichosa, porque el viejo Anselmo rogará á Dios todos los días por su felicidad.

—¿Son hijos de usted todos esos niños?—preguntó doña Matea.

—No, señora—contestó el anciano;—¡son mis nietos, hijos de mi hijo único, que murió hace un año, y que no tienen más amparo que el que les ofrecen las almas caritativas!

—¿De modo, pobre anciano, que con nada cuenta usted en el mundo?—preguntó dolorosamente Enriqueta.

—Con nada, señorita.

—Yo haré por usted cuanto pueda;—dijo la niña—y Dios y mis buenos padres me ayudarán.

—Ahora, señor Anselmo, tome usted estas monedas, que me han dado para usted, y quéde-

se con Dios, pues nos esperan—dijo doña Matea;—pero antes de marcharnos le suplico nos dé las señas de su habitación, que yo apuntaré en mi cartera.

—Vivo en Chamberí—contestó el anciano—calle de Santa Feliciana, núm. 3, cuarto del patio.

—Pues hasta muy pronto, señor Anselmo.

Enriqueta dijo estas palabras fijando en los niños, agrupados en derredor suyo, una afectuosa mirada, y luego se alejó con su aya, seguida de las bendiciones del anciano.

Cuando ambas volvieron al sitio de la merienda todos habían concluído ya de comer; la benéfica niña, á pesar de que su hermano le había guardado sus dulces, no quiso tomar más que su naranja, diciendo que no tenía mérito la caridad que no imponía alguna privación.

Poco después volvieron todos á casa, y su mamá, considerándoles cansados del paseo, les dijo que se acostaran.

—No es posible que Enriqueta se acueste sin tomar algún alimento, señora—observó el aya.

—¡Pues cómo! ¿No ha merendado?—preguntó la mamá.

—Sólo ha comido una naranja.

Y acto continuo refirió el aya el rasgo de caridad de la niña.

La mamá derramó, al oirlo, lágrimas de alegría, dando gracias á Dios por haberle concedido una hija tan buena; luego añadió:

—Hágala usted tomar chocolate, como ocurrencia de usted, doña Matea, y no le diga que yo tengo noticia de lo que ha hecho; pero si mañana, como lo espero, acude á usted pidiéndole algún socorro para ese anciano, entiéndase conmigo y no tema pedirme lo que haga falta.

En efecto, al día siguiente, Enriqueta, que había dormido mal toda la noche, esperó vestida á que despertase su aya, cuyo gabinete dormitorio estaba dentro del que ocupaban las niñas; y así que la oyó toser, entró á saludarla y se sentó á la cabecera del lecho.

—Aya mía—le dijo con acento temeroso y dulce; toda la noche he estado dando vueltas á una cosa que voy á consultar á usted.

—Sepamos esa cosa—dijo el aya con sonrisa significativa.

—Pues es que he pensado rogarle que me dé usted la suma que tiene para pagar á la modista mi vestido de baile, á fin de emplearla en socorrer al anciano Anselmo.

—¿Sabe usted á cuánto asciende dicha suma?

—No, señora.

—Pues sube á dos mil reales; como que todos los galones del traje son de oro fino.

—¡Ah, tanto mejor!—exclamó Enriqueta:—no creí yo que valiese tanto; de ese modo se podrán socorrer esas pobres gentes.

—¿Y renuncia usted al baile?

—Con la mejor voluntad. ¿Acaso vale más una diversión, por grande que sea, que el placer de aliviar una desgracia?

—¡Pero usted se olvida de lo que es esa fiesta! Dicen que estará magnífica; ya sabe usted cuánto anhelan sus hermanos asistir á ella.

—Más anhelo yo socorrer al pobre anciano.

—¿Es cosa decidida?

—Sí, señora.

—¿Y no se arrepentirá usted cuando vea engalanados á sus hermanitos?

—De ningún modo: entonces pensaré en el beneficio que resulta de mi privación al pobre Anselmo.

Doña Matea, sin hacer más objeciones, se levantó, se puso una bata y fué á abrir uno de los cajones de su cómoda, del que tomó un bolsillo de seda.

—Aquí hay cien duros, hija mía— dijo presentándolo á Enriqueta;—guárdelos usted, y si quiere me vestiré al instante é iremos á Chamberí á ver al señor Anselmo.

—Me parece—dijo Enriqueta—que debería yo pedir permiso á mamá antes de disponer de esta cantidad.

—Me parece lo mismo—repuso el aya—y; por lo tanto, será prudente que se dirija usted en seguida á su cuarto.

—Pero ¿yo sola?

—¿Por qué no? Nada hay más amable, más dulce que una buena madre, y la de usted no puede ser más excelente.

—Es verdad; voy ahora mismo á verla.

Diciendo estas palabras, salió Enriqueta y se dirigió al cuarto de su mamá, en el que había extendidas muchas y ricas telas que le habían llevado con el fin de que eligiese para los trajes de las niñas.

—Me alegro de que vengas, hija mía—dijo á Enriqueta su buena madre;—he mandado también venir á tus hermanas, y te iba á hacer llamar; porque, además de saber cuál es el traje que os gusta más, quiero que me digáis vuestro parecer acerca de las telas.

—Mamá—dijo Enriqueta con las mejillas encarnadas—yo venía á pedirte permiso para no ir al baile é invertir lo que ha de costar mi vestido en hacer una limosna.

—¡Una limosna!—repitió la mamá con fingida admiración.—¿Y á quién?

—A un viejecito á quien conocí ayer por casualidad en nuestro paseo.

—¿Es el pobre á quien le diste tu merienda?

—El mismo; tiene que mantener á seis nietos sólo con los recursos de la caridad.

—Tu resolución es muy laudable; pero ¿no te gustaría ir al baile?

—No niego que deseaba mucho ir; pero cuando comparo el placer que experimentaré en él con la dicha que sentirá esa pobre familia si yo no voy, me parece muy preferible esto último.

—¿Y por qué no das la mitad de lo que ha de costar tu vestido al viejo Anselmo, y yo te añadiré esa suma á lo que te quede?

—¡Ah, mamá!, y entonces, ¿qué valía mi limosna, no costándome ningún sacrificio?—exclamó Enriqueta.—¡No, no! Creo que no es gran mérito dar dinero cuando se posee en abundancia, y que, si alguna virtud tiene mi limosna, será la de privarme de ir á ese baile.

—En ese caso vamos ahora mismo á ver á ese anciano y nos informaremos de si es verdad cuanto ha dicho.

La condescendiente madre se vistió modestamente, y después de haberse puesto Enriqueta su sombrero, salieron juntas para ir á Chamberí, adonde llegaron muy en breve por la corta distancia que separa á este naciente pueblo de Madrid.

Al entrar en la calle de Santa Feliciana, madre é hija se dirigieron á unas mujeres que se hallaban cosiendo á la puerta de una humilde casa, y la primera se informó de todo lo concerniente al anciano.

Los informes no pudieron ser más ventajosos: era cierto todo cuanto habia dicho el señor Anselmo, quien no pudiendo ya trabajar en su oficio de labrador, se veía sin otro amparo para él y sus nietos que la caridad de las buenas almas.

—Ahora debe estar—dijo una de las mujeres—en la avenida de los Alamos, allá abajo, al pie de aquel montecito, pues sus dos nietos mayores cogen moras, que venden después á una mujer que á su vez las despacha en Madrid. El pobre anciano dice que se entristece estando

solo en su casa, y se sienta á la sombra mientras los nietecillos mayores desempeñan su tarea y los pequeños corren y juegan, comiendo un pedazo de pan, que es su habitual y casi su único alimento.

La madre de Enriqueta dió las gracias á aquellas buenas mujeres, y se dirigió con su hija al sitio que le habían indicado.

Era, en efecto, un hermoso paseo, plantado de álamos jóvenes y llenos de verdor y frescura, que se extendía al pie de un montecito; muchas zarzas, cargadas de fruto negro y lustroso, ofrecían á dos de los nietos del anciano abundante cosecha, que se apresuraban á recoger en una cesta grande y redonda.

En un ribacito, al pie de una colina y á la sombra del árbol más grande de aquel fresco plantío, dormía Anselmo, apoyando en el brazo izquierdo su venerable cabeza, casi despoblada de cabellos; sólo algunas canas se mecían al impulso de la brisa en sus sienes pálidas y marchitas por los años y la miseria.

El aspecto de aquel anciano inspiraba compasión y respeto; tal era la honradez, la serenidad que respiraba toda su persona.

Sentadas á su cabecera su dos nietecitas de

seis y nueve años, espantaban con las ramas de un árbol las moscas y mosquitos que podían turbar el sueño del anciano, mientras los dos niños más chiquitos jugaban algo más lejos con todo el silencio posible.

Al ver acercarse á Enriqueta y á su mamá, una de las niñas se adelantó y les rogó que no hiciesen ruido, porque su abuelo dormía.

Ambas prometieron el silencio, y se sentaron á poca distancia y debajo de la eminencia donde los dos muchachos cogían moras.

—Hoy hay muchas, Pascual—dijo el mayor de los dos hermanos.

—Ya se ve que sí; de fijo conseguimos llenar el cesto.

—No sé cómo tenemos esta suerte, porque ayer había muy pocas sazonadas.

—Es que yo recé anoche á Santa Rita, abogada de los imposibles, de quien es abuelo tan devoto, y la santa me oyó.

—Eso debe ser: la tía Marciana nos dará cuatro pesetas por el cesto lleno, que así nos lo ha ofrecido muchas veces.

—Y compraremos á nuestro abuelo unos zapatos, porque los que lleva ya están muy viejos.

—Yo quiero además llenarle su caja de tabaco.

—¡Eso! y entonces, ¿qué nos queda para comprar pan?

—¿Qué nos queda? Yo te lo diré: el tío Bautista el pescador me ha regalado una caña vieja, y hoy veré si sé pescar algo.

—¡Tú!

—Yo, sí; si saco aunque no sea más que media docena de peces, y los sacaré, porque Dios ayuda á los que trabajan por sus padres, compraré al abuelo un poco de tabaco, y con lo demás que me den por ellos y lo que sobre de las moras, compraremos, no sólo pan, sino hasta un poco de queso manchego.

—¡Sí, goloso, piensa ya en regalarte!

—¿No es muy justo? El que trabaja *debe darse algún mimo.*

—¡Ah, Dios mío!—murmuró Enriqueta á media voz.—¿Es posible que haya tanta miseria y que lo ignoren los ricos? ¡Llamar regalo á un poco de queso manchego, cuando en casa comen con desdén nuestros criados los quesos extranjeros!

En aquel instante bajaron del montecillo los dos muchachos llenos de contento; la mamá de

Enriqueta los abrazó con afecto, y les dijo:

—Sois unos buenos niños, y no dudéis que Dios oye vuestros ruegos y os recompensará como merecéis.

Pascual y su hermano miraban embobados á aquella hermosa señora vestida de seda y blondas, que les besaba sin hacer ascos á sus vestidos rotos ni á sus manos manchadas, y cuando se fué á sentar enfrente de su abuelo se pusieron á su lado.

Poco después el anciano hizo un movimiento y se incorporó.

—¿Cómo ha ido la cosecha, hijos míos?—preguntó con ansiedad.—¿Habéis sido hoy más dichosos? ¡Cuánto siento no poder ayudaros! ¡Pobres niños, sólo os sirvo de una carga inútil!

—Vaya, abuelo mío, ¿quiere usted hacernos llorar?—dijo Mateo, el que cogía moras con Pascual.—¿Qué sería de nosotros sin usted? Todos le queremos como á las niñas de nuestros ojos, y pedimos á Dios que nos le conserve; pero aquí hay una señora y una señorita que sin duda querrán decirle algo.

El pobre viejo enjugó algunas lágrimas que se desprendían de sus ojos, y luego se volvió hacia el sitio que sus nietos le indicaban.

—¡Ah, mi buena, mi caritativa señorita!—exclamó al ver á Enriqueta.—¡Usted aquí y yo durmiendo!—¿Quién podía suponer?...

—No se incomode usted—dijo la madre de Enriqueta.—Dios, supremo consolador de los afligidos, hizo que mi hija encontrase á usted ayer; hoy he venido á acompañarla para que le entregue una suma que yo había destinado para su tocador; es su gusto, y ambos debemos bendecir á ese Dios misericordioso de quien le hablaba hace poco; usted, porque los ruegos de sus nietos han alcanzado de su bondad la dicha de que conozca á mi Enriqueta; yo, porque me ha dado una hija buena y caritativa.

Esto diciendo, la generosa señora hizo una seña á la niña, que sacó de su bolsillo el que le había dado su aya con el importe de su traje de baile, y lo puso sobre las rodillas del anciano.

Éste le contempló algún tiempo con asombro; luego vió brillar algunas monedas entre los calados de la seda, y exclamó uniendo sus manos trémulas de alegría:

—¡Oro! ¡Aquí hay oro! ¡Oh, hijos míos! ¡Ya no tendréis, al menos en mucho tiempo, hambre ni frío! ¡Ya comeréis todo el pan de que tengáis necesidad! ¡Ya no dormiréis sin abrigo ni

yo veré agitarse vuestros helados cuerpos al impulso del frío! ¡De rodillas, y besad los pies de vuestras bienhechoras!

Mateo, Pascual, las dos niñas que velaban el sueño de su abuelo, y hasta los dos chiquitines que jugaban lejos y que se habían acercado, se arrodillaron á los pies de Enriqueta y de su madre, besando sus manos con inocente afán.

Madre é hija lloraban copiosamente, é hicieron levantar á los niños así que pudieron dominar un tanto su enternecimiento.

—Señor Anselmo—dijo la madre de Enriqueta—desde mañana los cuatro niños mayores serán colocados según su edad y sus inclinaciones; las niñas irán al colegio y sus hermanos aprenderán el oficio que más les agrade; respecto de los pequeños, no podemos hacer por ahora más que cuidarlos; pero su educación y su porvenir corren también por mi cuenta; en cuanto á usted, cada dos meses recibirá de mano de mi hija una suma igual á la que ha recibido hoy, pues mi marido y yo le señalamos, para complacerla, una pensión vitalicia de 12.000 reales al año.

—¡Dios mío!—exclamó el anciano llorando á lágrima viva.—¿Qué he hecho yo para mere-

cer tanta felicidad? ¡Señora, señorita, ustedes son sin duda una santa y un ángel del cielo!

—Todo se lo debe usted á dos de sus nietos: todas las noches rezaban con fervor á fin de obtener medios, por pequeños que fuesen, para aliviar la suerte de usted, y el cielo les ha escuchado.

El anciano abrazó á sus nietos, y madre é hija se despidieron para volver á su casa.

—¡Oh, mamá!—exclamó Enriqueta;—¿qué dicha hay en el mundo comparable al placer de hacer bien?

—No conozco, en efecto, ninguna, hija mía—respondió su madre;—pide á Dios que te conserve siempre la caridad, y serás feliz.

Aquella misma mañana eligieron sus telas Lola y Eugenia, y muy admiradas al ver la inacción de su hermana, le preguntaron si ya había hecho su elección.

—Sí—respondió Enriqueta;—he elegido una tela la más bella del mundo, y ya la tiene la modista.

—¿Es más linda que nuestro raso y nuestro terciopelo?—preguntaron las niñas.

—Para mi gusto mucho más.

Las dos se rieron desdeñosamente; tenían un

magnífico paquete de raso celeste, de terciopelo color de rosa y ricos encajes, blancos como la espuma del mar; ¿qué podía haber más elegante y lindo?

Así es que pasaron mecidas en doradas ilusiones los días que faltaban para la fiesta, si bien admirándose de que Enriqueta estudiase el piano y el francés y se ocupase de sus bordados lo mismo que antes.

Llegó por fin a noche del baile; el carruaje esperaba á la puerta, y el papá, vestido de etiqueta, contemplaba á Lola, Eugenia y á Juanito, á quienes las modistas y doncellas daban la última mano.

El niño vestía de caballero de la corte de Felipe IV.

Lola, que era morena, con ojos y pelo negro, vestía de maja.

Eugenia, que era rubia y rosada, el cándido traje de pastora suiza.

Al acabar el tocador, entró Enriqueta con el vestido de muselina que había llevado puesto todo el día.

—¡Cómo! ¿No vienes?—exclamaron los tres hermanos.—¿Estás enferma? ¿Y tu traje de Isabel de Valois?

—Lo ha cambiado por el de *ángel de la caridad*—dijo su madre.—El importe del traje de vuestra hermana ha vestido á un anciano y á seis niños y les ha dado pan para muchos días; id al baile, hijos míos, con vuestro papá; yo voy con Enriqueta á presenciar la cena de Anselmo y de su familia, y de fijo será mañana vuestra hermana más dichosa que vosotros.

FIN DEL VESTIDO DE BAILE

LAS DOS AMIGAS

En una de las más bellas calles de la coronada villa, y en una casa suntuosa, vivían hace mucho tiempo los señores de Alvarez, que teníau una niña de seis años llamada Emilia; esta niña era muy bonita y estaba además dotada de gran aplicación y de una extremada inteligencia.

Por esta razón aprendía con algún aprovechamiento todo cuanto le enseñaban, y á esta edad, en que por lo común apenas empiezan las niñas su educación, la de Emilia no estaba atrasada.

Sin embargo, sus bellas cualidades estaban oscurecidas por dos grandes defectos; Emilia era terca y habladora, y sólo obedecía á su mamá, que era la única persona de la casa á quien tenía algún respeto.

Los señores de Alvarez adoraban á su hija,

tanto por la circunstancia de no haber tenido otra cuanto por su hermosura, que era verdaderamente admirable, y que no cesaban de elogiar cuantos la veían.

La señora de Alvarez tenía la fortuna de conservar aún á su madre, y esta señora idolatraba á Emilia con esa ternura que reside en el corazón de todos los abuelos, porque ellos son dos veces padres; la abuelita de Emilia era una prueba de esta verdad, porque su cariño rayaba en locura.

Esclava de todos los caprichos de la niña, no advertía que su extremada condescendencia aumentaba hasta un punto increible los defectos de aquélla

Todas las noches que los señores de Alvarez salían de casa quedaba Emilia en compañía de su abuelita, á quien hacía sufrir mucho con su mal carácter y continua desobediencia.

A las ocho empezaba la abuela á amonestarla para que se acostase, pero sin fruto alguno.

—Emilia—le decía—hija mía, mira que tienes que ir al colegio á las nueve para dar tus lecciones.

—Déjame otro poco—respondía la niña sin soltar las muñecas.

—Vamos, anda á acostarte—repetía la abuela al cabo de media hora.

—¡Luego iré!—contestaba Emilia con tono impaciente y continuando sus juegos.

Y de este modo se pasaba hora tras hora, hasta las once de la noche, en que la niña, cansada ya de sus juguetes, se acostaba por su gusto y no por deber y obediencia.

Como se había acostado muy tarde, por la mañana no despertaba hasta las nueve y media; se lavaba muy deprisa y muy mal; en vez de peinarla con esmero, había que cogerla el pelo de cualquier modo para llevarla lo antes posible al colegio, y ningún día salía de casa sin que la regañase su mamá, dando á ésta un disgusto.

Porque habéis de saber, niños míos, que vuestros padres se disgustan mucho antes de regañaros ó de imponeros algún castigo, y que ninguna corrección es efecto de su capricho ó inmotivada, sino impuesta, porque es precisa para vuestro bien.

A pesar de la gran prisa con que Emilia se disponía cada mañana para ir al colegio, ningún día llegaba á tiempo de dar sus lecciones; así es que, no obstante su natural despejo y buena disposición, no adelantaba lo que era

de esperar, ni sus maestras la miraban con la deferencia que conceden á las niñas sumisas y aplicadas.

Su terquedad y desobediencia seguían durante todo el día.

Cuando salía de casa, ó andaba muy despacio ó corría como una loca.

Si había llovido, tenía gusto en meter en el barro sus botitas nuevas.

Hacía del pañuelo una torcida, y mordía sus puntas, poniéndole sucio á fuerza de manosearle.

Todos los días olvidaba sus libros, ya al ir al colegio, ya al volver á casa; así es que quedaba sin dar lección ó sin estudiarla.

Por mañana y noche costaba mucho trabajo conseguir que rezara sus oraciones, porque prefería contar todo lo que pasaba en el colegio ó hacer preguntas indiscretas á encomendarse á Dios antes del sueño, como hace toda niña bien educada.

Alguna de estas malas mañas desaparecían cuando su mamá estaba á la vista; era ésta un poco severa con Emilia, no porque no la quisiese mucho, pues es cosa imposible que una madre ame poco á su hija, sino porque la niña

abusaba de su bondad en cuanto la veía risueña y condescendiente.

Un mimo, una caricia de la mamá eran siempre seguidos de una grave falta de Emilia, porque ésta no estaba dotada de aquella delicada ternura, de aquella generosa gratitud, patrimonio de las almas sensibles.

El convencimiento de que las faltas de Emilia eran hijas de su mala índole. puesto que el temor del encierro ó de quedarse sin postre hacía que se contuviera, este convencimiento, digo, atormentaba á la buena madre y á la cariñosa abuelita; hay en los niños travesuras que nacen de la vivacidad de la imaginación, que se pueden perdonar; pero los defectos calculados y combinados con la ocasión, encierran una malicia solapada y una bajeza de sentimientos que no tienen excusa ninguna.

Las habladurías de Emilia eran también insoportables; contaba á sus compañeras de colegio cuanto sucedía en su casa; daba igual satisfacción á las visitas que iban, y, como toda persona habladora, se iba acostumbrando insensiblemente á mentir, porque cuando no tenía nada que charlar inventaba tonterías que vendía como verdades.

Un día en que había ido al colegio tarde, según costumbre, y que por esta razón la había reñido su mamá, volvió muy contenta á su casa.

—Mamá—dijo al entrar—hoy ha ido al colegio una niña pobrecita; la maestra la ha mandado que se sentase á mi lado, y me ha dicho que yo le enseñaré desde mañana á leer y á hacer dobladillo.

—Eso será para ver si, estando tú entretenica, consigue que no charles—repuso la mamá sonriéndose.

—La niña se llama Mariana—continuó Emilia.—Ha ido á encargársela á la señora directora una viejecita ciega que llevaba un perro sujeto á un cordón, y este cordón atado á su brazo; la pobre ciega lloraba mucho, mucho.

—¿Ha llevado alguna labor esa niña?—preguntó la señora de Alvarez, cuya curiosidad se despertaba con la narración de Emilia.

—No, mamá—respondió la niña—su abuela, que es la viejecita, ha dicho que no podía comprarle tela para que trabajase, y la señora directora le ha dado un pedazo de lienzo blanco, aguja, hilo y dedal; desde esta tarde la enseñaré yo á hacer dobladillo.

Al día siguiente, la señora de Alvarez llevó á su hija al colegio. Emilia ocupó su sitio al lado de Mariana, que acababa de llegar.

Esta niña tenía una fisonomía bondadosa y podría contar unos siete años; era su semblante tan inteligente que llamaba desde luego la atención. Emilia empezó á desempeñar su papel de maestra con mucho placer, mientras su mamá se informaba de la señora directora acerca de la situación de Mariana y de su abuela.

—¡Ah, señora!—exclamó la directora á la primera pregunta de la señora de Alvarez.—Mariana es nieta de una mujer muy honrada, á quien conozco desde hace muchos años y que vivía con su hija, casada y madre de Mariana; pero hace seis meses que aquélla y su esposo han perecido, víctimas de una enfermedad maligna; un hermano mío da á la pobre anciana dos reales diarios y un cuartito en el patio de su casa, y yo me he encargado de la educación de la inocente Marianita, que es buena como un ángel.

Luego que la directora del colegio dejó de hablar, la madre de Emilia fijó sus ojos en la pobre huérfana, que seguía dócilmente los preceptos imperiosos de su maestra, y poco después se volvió á su casa.

A los dos días era domingo; después de oir misa, Emilia fué con su mamá á casa de la abuela de Mariana, que ocupaba un cuartito en un patio oscuro, húmedo y miserable.

Cuando entraron estaba la niña ocupada en quitar el polvo á cuatro sillas muy viejas, únicas que se veían en la habitación; esforzóse en acercar una para la madre de Emilia, y la saludó cortésmente, conduciéndola al asiento que le había preparado junto al lecho de su abuela, que aun permanecía acostada.

—¿Quién ha venido, hija mía?—preguntó la pobre ciega incorporándose con algún trabajo en el lecho.

—Es la buena señorita que me enseña á coser, que está aquí con su mamá—respondió Mariana sin aturdirse en lo más mínimo; luego acercó otra silla para Emilia y continuó limpiando.

Su maestra la seguía con los ojos; la miró terminar su limpieza, y luego acercarse á un pequeño fogón, colocado en un ángulo de la estancia, y preparar una sopa con suma soltura y agilidad.

—¡Qué! ¿Sabes hacer sopa?—preguntó Emilia admirada.

—Sí, señora—respondió Mariana con dulzura.

—¿Quién te ha enseñado?

—Mi abuelita me ha explicado cómo se hace.

—¿Y la haces todos los dias?

—Todos.

—¿Sin cansarte?

—¿Quién, si me cansara, haría el desayuno para mi pobre abuela, y quién me lo daría á mí?

—¿Y quién desempeña las demás haciendas de la casa?

—Yo, señorita.

—¡Tú!

—Yo sola; yo lo sé hacer todo: yo barro, hago nuestra sopa por mañana y noche, arreglo esa cama grande en que está acostada mi abuela, y en la que también duermo yo, la ayudo á vestir y la acompaño.

—¿Y no vas nunca á jugar?

—No tengo tiempo para eso, señorita, aunque guardo una muñeca de trapos que me hizo mi pobrecita madre cuando vivía.

—¿Porqué no dejas los quehaceres y juegas con ella? Tu abuela es ciega y no ve lo que haces.

—Pero me ve Dios, que sabe lo que hacemos todos.

Emilia quedó suspensa oyendo esta contestación, y guardó silencio.

—Yo—continuó Mariana—rezo todas las mañanas para que Dios me haga buena, y le pido á la Virgen cada noche que me libre de todo mal. ¿Y usted no reza, señorita?

—No—contestó Emilia algo confusa.

—¡Es posible! ¿Y por qué?

—Por la noche tengo sueño y por la mañana prefiero ponerme á jugar.

—Vea usted por qué dicen en el colegio que es usted tan mala—repuso Mariana con sencilla convicción.—Las niñas que no rezan son todas perversas é inobedientes; así lo dice mi abuela.

Entre tanto que Mariana hablaba con su joven maestra, su abuela pintaba á la madre de Emilia su triste situación; cuando acabó su relato, añadió:

—¡Ah, señora! Mi único consuelo es mi nietecita; esa criatura, cuya docilidad y buena índole me aseguran que será un dechado de virtud; no puede usted imaginarse el esmero con que me cuida y la laboriosidad que despliega en tan pocos años; ella está dotada del carácter

más dulce, del corazón más bello, y sólo tratándola puede formarse una idea aproximada de sus hermosas cualidades.

—Lo haré desde hoy, si usted quiere, señora Mónica—dijo la mamá de Emilia á la anciana.—Todos los días vendré con mi hija á pasar un rato con usted; la mala índole de Emilia necesita el ejemplo de la preciosa Mariana; el carácter de mi hija es tan indómito como suave el de aquélla, y deseo que el trato de su nietecita corrija á Emilia de sus muchos defectos. Permítame usted, señora Mónica, que me encargue de la suerte de usted y de la de Mariana.

La señora Mónica dió gracias á su protectora con el más vivo enternecimiento, y ésta, después de una hora, durante la cual se hicieron las niñas las mejores amigas del mundo, se marchó con Emilia, que se despidió de Mariana hasta el día siguiente, en que se verían en el colegio.

—¡Qué buena es Mariana!—exclamó Emilia sin poderse contener, no bien se vió en la calle.

—¿Qué es lo que más te admira en ella?—preguntó su mamá sonriéndose.

—Yo no sé—contestó la niña—pero todo me parece bien; cuando habla de su abuela, ¡si vieras tú, mamá, qué bonita se pone! Además, dice que reza todas las noches y mañanas, y cuando ella hace lo que tú me mandas á mí que haga debe ser muy buena; ¡oh, yo la quiero con todo mi corazón!

—Porque es buena.

—Sobre todo, por eso.

—De ese modo, ella no debe quererte á ti nada—repuso la señora de Alvarez.

—¿Por qué, mamá?

—Porque tú eres mala.

—Emilia guardó silencio, y su mamá prosiguió:

—No hay nada en el mundo más amable y que más atractivos ejerza que una niña buena, dulce, obediente; sin un carácter bondadoso, todas las ventajas de la hermosura y de la riqueza no pueden hacernos amar de nuestros semejantes; tú misma, hija mía, puedes juzgar de la verdad de mis palabras; vives en una magnífica casa, tus padres son ricos, vistes preciosos trajes, tienes muchos criados, y, finalmente, cuantos te ven dicen que eres muy hermosa; ahora bien, con todos estos dones de la fortuna y de

la naturaleza, nadie te ama, y únicamente te toleramos los que no tenemos otro remedio y los que por obligación debemos sufrirte: ¿es esto cierto?

—¡Sí, mamá! — respondió Emilia ruborizada.

—No sucede lo mismo á Mariana: todos la aman, todos desean hacer algo por ella; ¿y sabes por qué? Porque ella también es buena, amable, previsora: el que quiera ser amado debe hacerse amable, pues el cariño no se impone, y la simpatía es independiente de nuestra voluntad; esa criatura pobre, miserable, que necesita de la pública caridad para poder vivir, alcanza más afecto, más deferencia que la rica y bella señorita de Alvarez.

Acabando de pronunciar estas palabras la mamá de Emilia, llegaban ambas á la puerta de su casa: la niña, cabizbaja y pensativa, tomó sus libros y se puso á estudiar con mucho mayor afán de lo que acostumbraba; pensaba en Mariana, y se dijo que en adelante la imitaría para ver si, siendo buena, alcanzaba más cariño de todos.

Desde aquel día el modelo se le presentó con nuevas y mayores perfecciones, pues realmente

el carácter de Mariana estaba dotado de una sorprendente hermosura.

El estrecho y mísero círculo en que antes había vivido no había dejado brillar las gracias de su índole y su extrema docilidad. Servicial con su bienhechora, atenta á sus lecciones en el colegio, aventajó muy pronto á Emilia en todas las materias que á entrambas se enseñaban; siempre callada, contestaba, sin embargo, con dulzura cuando le preguntaban, y jamás una palabra indiscreta salía de sus labios.

La cualidad que más sobresalía en ella era una extrema sumisión á todo cuanto su abuela ó su protectora la ordenaban.

Todas las mañanas, no bien se levantaba, rezaba sus oraciones y pedía á Dios la gracia de ser buena; y cada noche, antes de dormirse, le rogaba también que conservase la vida de su abuela, la de sus bienhechores y la de la hija de éstos.

Tan buen ejemplo, hizo al fin que Emilia conociese sus defectos en toda su fealdad; poco á poco se volvió sumisa con su abuelita, y lejos de abusar de su bondad, al cabo de poco tiempo la obedecía como Mariana á la suya.

Dos años hacía que la señora de Alvarez pro-

tegía á la anciana Mónica cuando murió ésta, cuidada y asistida con el mayor esmero.

Antes de cerrar los ojos para siempre rogó á los padres de Emilia que no desamparasen á su nietecita, á la cual dejaba sola en el mundo.

Ellos le prometieron que la buena Mariana sería la hermana de su hija, y, en efecto, el mismo día en que espiró la señora Mónica se la llevaron á su casa.

La amable y sensible huerfanita sintió sobremanera la muerte de su abuela, que había pasado á mejor vida cuando aun llevaba ella luto por sus padres, y rezó durante largo rato junto al cadáver, derramando abundantes lágrimas.

Los señores de Alvarez la dejaron desahogar su dolor, y luego la hicieron levantar del sitio donde se había arrodillado, temerosos que tan extremada aflicción perjudicase su salud en una edad tan tierna.

—Basta de llorar, hija mía—le dijo la señora de Álvarez;—Dios no quiere que nos aflijamos demasiado por los bienes que nos quita, y la mayor prueba de amor que podemos darle es sujetarnos sin esfuerzo á su santísima voluntad: has perdido á tu madre, es cierto, pero tienes

otra en mí, que te amará con la misma ternura.

—¡Ah, señora!—exclamó Mariana besando las manos de su bienhechora:—¿qué sería de mí, pobre niña huérfana, sin su caridad? ¿Cómo podré pagarle todo cuanto hace por mí? Pero no dude V. que yo sabré agradecerlo, y que tendrá en mí una segunda hija, que la querrá tanto como la suya propia.

—Así lo espero, Mariana—dijo la señora de Alvarez—y ahora vamos á casa, donde nos estará esperando Emilia con impaciencia.

Mariana enjugó sus ojos y siguió á su bienhechora, no sin volver á besar en la frente á su pobre abuela, cuya alma moraba ya en el seno de Dios.

—Aquí tienes á tu hermana, Emilia—dijo la señora de Alvarez presentándole á su protegida:—desde hoy ocuparéis la misma habitación y vestiréis iguales trajes, siendo la misma vuestra educación.

En efecto, las dos amigas fueron instaladas en una preciosa salita que tenía dos alcobas, en cada una de las cuales había una linda camita de acero con colgaduras de muselina blanca.

La sillería era de limonero, con los asientos de raso azul, y dos mesas, con colgaduras

como las de las camas, sostenían dos tocadores iguales.

Desde aquel día ya no fué menester regañar más á Emilia porque se levantaba tarde, porque no quería rezar, ó porque se dejaba olvidados los libros de las lecciones; pero ¿se debía á ella tan favorable mudanza? No por cierto. Mariana era la autora de ella; Mariana, que con el cuidado de llamar á su amiga despertaba con el alba, se vestía y se sentaba con la paciencia de una mártir junto al lecho de aquélla, llamándola sin cesar hasta que se despertaba.

Luego la vestía ella misma, la peinaba y la ayudaba á repasar sus lecciones, pues, como ya he dicho antes, estaba mucho más adelantada que Emilia.

No obstante, en una ocasión, á pesar de todo el empeño y de todo el esmero que ponía Mariana en ayudar á Emilia á vencer todas las dificultades en el estudio y en las labores, estuvo ésta un mes con una sola lección; cansada la directora de tan rebelde tenacidad, declaró un día que no iba á casa, y que se quedaba encerrada en el cuarto destinado á guardar á las desaplicadas.

Mariana, al oir la fatal sentencia, se puso pá-

lida y pensó en el disgusto de los padres de Emilia cuando vieran que ésta no iba á casa, y á toda costa decidió salvar á su amiga de aquel afrentoso castigo.

Acercóse á la directora llorando, y con las manos juntas le suplicó que la dejase á ella encerrada en lugar de Emilia.

—Eso no puede ser—respondió la directora;—usted, querida mía, ha desempeñado perfectamente su obligación; ningún día ha escrito mejor la plana ni ha bordado con más primor que hoy. No es justo, pues, que usted pague la culpa de esa señorita, que se quedará aquí hasta el anochecer.

—¡Ah, señora!—repuso Mariana—piense usted en la aflicción de su mamá cuando sepa su castigo, y recuerde que yo no tengo padres á quienes dar tan amargo sentimiento.

La directora, enternecida por aquella elocuente súplica, se negó, sin embargo, á acceder á ella, porque era muy amante de la justicia, y entonces Mariana le rogó que la encerrase también con su amiguita para que ésta no estuviese sola y triste.

Accedió por fin la directora á este deseo, y la criada que fué á buscar á las niñas llevó á

sus señoras la noticia del sacrificio de Mariana, por más que ésta encargó dijese que se había quedado en castigo de no haber sabido tampoco la lección.

Aquel día pasó, y por la noche volvieron las dos niñas á su casa. Emilia seriamente reprendida por la directora por su inaplicación y desobediencia, y Mariana llena de elogios por su nobleza y generosidad.

Cuando llegaron á su casa, la señora de Álvarez recibió á entrambas con rostro severo y las reprendió fuertemente por sus faltas, como si estuviera persuadida de que las dos eran igualmente culpables.

Las dos niñas callaron humildemente; pero Emilia abrió la boca dos ó tres veces para declarar la inocencia de su generosa amiga; no obstante, la vergüenza de aparecer como la sola culpable la contuvo y guardó silencio, añadiendo á sus faltas de aquel día la odiosa culpa de la ingratitud.

Acostáronse las dos niñas, según costumbre, después de haber rezado las oraciones de la noche, y Mariana se durmió al instante con la tranquilidad de una conciencia pura.

Pero no sucedió lo mismo á Emilia; el remor-

dimiento alejaba el sueño de sus párpados, y aunque le causaba envidia el tranquilo reposo de su amiga, su agitación crecía á cada instante.

Una voz interior le gritaba que era culpable por haber permitido que su mamá reprendiese y castigase á la buena é inocente Mariana, y esta voz no le dejaba conciliar el sueño, por más que lo procuraba, ya sujetándose á una inmovilidad completa, ya escondiendo su cabeza bajo las ropas de su lecho.

Atormentada, casi asustada de la soledad de la noche, se le ocurrió la idea de ir á buscar á su madre y confesarle su falta, á fin de ver si con su perdón podía dormir tranquilamente, pues nada atrae tanto el sueño como la certeza de que somos buenos.

Emilia se incorporó en el lecho: la estancia estaba alumbrada por una lamparita de plata que pendía de la pared por medio de un cordón de seda, y aquella débil luz derramaba una claridad dulce y agradable sobre todos los objetos.

La arrepentida niña buscó su bata de levantarse y se abrigó con ella; luego abrió con mucho cuidado la puerta de su cuarto y se dirigió al de su mamá, situado á larga distancia del suyo.

Para llegar á él tenía que cruzar un extenso corredor que estaba completamente á oscuras.

Al salir de la antesala, alumbrada débilmente por la luz de la luna que entraba por una ventana, la niña dirigió su vista á lo largo del corredor y tembló de miedo, porque jamás había sido muy valiente: la tenue claridad que alumbraba el corredor sólo servía para aumentar las sombras, que se amontonaban en los sitios en que no había ventanas.

Emilia quiso dos ó tres veces volver atrás y desistir de su propósito; pero reflexionó que lo que iba á hacer era una buena acción, y que, después de ejecutada descansaría más tranquila, y prosiguió andando por el corredor, hasta llegar á la puerta del cuarto de su madre.

—Tal vez estará acostada y durmiendo—pensó Emilia; pero en el mismo instante vió que salía un rayo de luz á través de la cerradura, y llamó suavemente á la puerta.

—¿Quién es?—preguntó la señora de Alvarez.

—Yo, mamá—respondió Emilia.

La puerta se abrió al instante, y Emilia se halló en los brazos de su madre, que la sentó sobre sus rodillas.

—¿Qué es lo que te sucede, hija mía?—excla-

mó asustada y olvidando su anterior enfado;—¿Estás enferma?, ¿te duele algo? Vamos, habla, para que me saques de esta pena.

—No estoy mala, mamá—respondió la niña ruborizada;—pero es todavía peor lo que me pasa; he sido mala, muy mala, y no puedo dormir pensando en mi falta; por eso he venido á confesártela y á que me la perdones.

—Ya está perdonada, hija de mi alma—repuso la señora de Alvarez—y perdonada sin que tú me la digas, porque sé cuál es.

—¡Cómo, mamá!

—Sí, venías á decirme que Mariana se había quedado castigada por gusto suyo y por acompañarte en tu encierro, ¿no es verdad?

—Sí, mamá.

—Y para decirme que tu amiga era inocente has desafiado el temor que tienes á la oscuridad y al frío de la noche, ¿no es cierto?

—Sí, mamá.

—¡Ah, hija mía! Lo que has hecho me llena de orgullo y de alegría, porque es una acción digna, honrada, noble! Mira, supe tu ingratitud con tu amiga cuando os reñí á las dos y tú guardaste silencio, porque yo estaba avisada por la directora de que Mariana era inocente, y sólo

se quedaba castigada por hacerte compañía; pero fingí no saber nada por conocer hasta qué punto podía contar con la generosidad de tu carácter; al ver que nada decías para justificar á Mariana, me entregué al dolor, y mi pena no me había permitido aún pensar en acostarme.

—¡Será posible!—balbuceó la niña llena de sorpresa y confusión.

—Vamos á tu cuarto, hija mía—concluyó la señora de Alvarez—y sabe que hoy has hecho muy dichosa á tu madre.

Cuando entraron la señora de Alvarez y su hija en el cuarto de esta última, hallaron á Mariana sentada en el lecho y llena de susto, pues había notado la ausencia de su amiga. La madre de Emilia las confundió en un abrazo, y, después de dejar acostada á Emilia en su lecho, volvió á su habitación.

Al dia siguiente compró á cada una un cajón de juguetes.

Emilia se enmendó en breve de todos sus defectos; el amor que tenía á Mariana se aumentó con aquella rara prueba de generosidad, y no pasó un solo día sin dar gracias al cielo porque le había concedido tan tierna y excelente amiga.

FIN DE LAS DOS AMIGAS

EL CARPINTERO

Hace algunos años vivía en Madrid una apreciable familia rica en virtudes cuanto pobre en bienes de fortuna; componíase del señor Bermúdez, su esposa y dos hijos hermosos, pero muy diferentes en sus caracteres é inclinaciones.

El mayor, llamado Arturo, tenía diez años; su hermana, llamada Margarita, contaba uno menos.

Arturo era violento, arrebatado y envidioso; la más leve contradicción le irritaba considerándola como una ofensa, y esto nacía de que, siendo por otra parte muy exacto en el cumplimiento de sus obligaciones, tomaba por injuria la más pequeña advertencia que se le hacía.

Margarita era muy dócil, y descubría en su carácter y en su rostro una dulzura que atraía á cuantos la miraban.

Los padres de ambos conocían todos los de-

fectos de Arturo, porque su cariño no rayaba en esa ceguedad perjudicial que no ve ninguna falta en el objeto amado; lejos de eso, meditaban incesantemente el medio de corregir á su hijo; pero no acertaban de qué modo conseguirlo.

La desgracia, que desde hacía tiempo se ensañaba con el señor Bermúdez, le descargó otro nuevo y más rudo golpe que todos los anteriores; el buen padre se vió privado del modesto destino que desempeñaba, después de haber perdido, á consecuencia de una quiebra, todo su patrimonio, y la miseria amenazó de muy cerca á su pobre familia.

Entonces fué preciso sacar á los niños de los colegios en que se educaban, y sus padres tomaron sobre sí este cuidado.

Encargóse la mamá de la enseñanza de Margarita y el papá de la educación de Arturo.

Pero el enfado y el aburrimiento se posesionaron del niño, de tal modo, que su ceño no se desarrugaba en todo el día ni la sonrisa visitaba jamás sus labios.

La soledad de su casa le irritaba y suspiraba sin cesar por sus compañeros de colegio.

¿Y sabéis por qué?

Porque en el colegio había muchos niños,

como él y más pequeños, á quienes dominaba y maltrataba con toda la irascibilidad de su carácter.

Es verdad que en su casa atormentaba todo lo posible á la pobre Margarita; mas sin embargo, le contenía el respeto á sus padres, que constantemente le vigilaban.

La escasez de aquella honrada familia crecía cada día, y así hubo que despedir á los criados. Esta medida, lejos de atormentar á Margarita, la obligó á revestirse de un valor muy superior á sus cortos años, y la pobre niña se preparó, con semblante alegre, á ayudar á su madre en todos los oficios de la casa.

Pero, ¡quién será capaz de pintar la desesperación del petulante Arturo, al ver la pobreza que le asediaba, al convencerse de que él mismo tenía que limpiar su ropa y su calzado, y que no podía ir ya á jugar al parterre del Retiro por no tener un criado que le acompañase!

En vano su buena madre y su cariñosa hermana trataron de consolarle, anunciándole días más felices para lo sucesivo. Arturo nada escucuchaba; respondía con muy mal humor á cuantas observaciones se le hacían, y muchas veces lloraba desconsoladamente cuando se hallaba solo.

Una mañana, al llamarle á la hora de costumbre, se sintió dominado por un acceso tan fuerte de mal humor, que se negó á levantarse de la cama, á pesar de los ruegos y amonestaciones de su madre.

—Tengo sueño — respondía cubriéndose la cabeza con las ropas del lecho cuantas veces entraba Margarita para ver si se vestía.

De repente recorrió su cuerpo un movimiento de espanto, porque vió entrar á su padre con paso lento y semblante grave.

El señor Bermúdez se sentó junto al lecho, y su hijo, conociendo que había obrado muy mal, se incorporó, fijando en él una mirada de temor.

—Hijo mío—dijo el señor Bermúdez—tú sabes que Dios nos ha enviado la pobreza para que sustituyera á la holgada medianía de que antes disfrutábamos; no nos quejemos de sus juicios, pues jamás nos da ni puede darnos más que aquello que nos conviene; pero es preciso ayudarnos en las calamidades para que él nos ayude también; por lo tanto, Arturo, vas á dejar la casa de tus padres y á entrar como aprendiz en la de un carpintero.

El niño, mudo de sorpresa, no supo qué contestar; su padre prosiguió de esta suerte:

—En tiempos más felices pensé darte una carrera digna de nuestra clase; hoy nuestra posición es la más humilde y precaria, y conviene, mi querido Arturo, que te acostumbres á las rudas tareas del artesano; veo, además, que nuestra compañía y nuestra pobre casa te disgustan, y como yo sólo deseo tu bien, he resuelto que mudes de compañía, de costumbres y de vivianda, para ver si así te va mejor.

Arturo quedó absorto; pero en medio de la natural dureza de su carácter no sintió tanto la separación de sus padres como la vida de trabajo que, en su concepto, se le imponía.

Atormentado por esos pensamientos, preguntó á su papá:

—¿Tendré que trabajar en casa del carpintero?

—Desde el amanecer hasta la noche.

—¡Pero si yo no sé ese oficio!

—Vas para aprenderlo.

—¿Y qué tendré que hacer?

—El maestro te lo explicará; pero vístete y vamos, que hoy debo presentarte á él.

El señor Bermúdez salió de la estancia, y Arturo, bañado en lágrimas, se puso su trajecito azul, que aun se hallaba en muy buen estado.

Apenas acababa de hacer esta operación entró Margarita en su cuarto llorando á lágrima viva.

—¿Conque te vas?—le dijo abrazándole.

—Sí, así lo ha dicho papá—respondió Arturo tristemente.

—¿Y cuándo volverás?

—¡No sé!

—¡Ay, hermano! ¡Tú te quejabas de casa, pero cuánto mejor estabas aquí que estarás en casa del carpintero!

—No hay que lamentarse—dijo el señor Bermúdez, que penetró en la estancia.—Dios santificó la pobreza, eligiéndola para sí; San José fué también un humilde carpintero, y la verdadera deshonra no está en ser pobre, sino en ser malo; procura, Arturo, ser mejor aprendiz que has sido hijo y hermano, y piensa que no hay desgracia en el mundo, por grande que sea, que no pueda ser mayor.

Dicho esto, tomó el señor Bermúdez á su hijo de la mano y le llevó al cuarto de su madre para que se despidiese de ella.

Pero contra lo que esperaba Arturo, su madre no lloraba ni estaba triste por su ausencia; al contrario, le dirigió una severa mirada y le en-

cargó que aprendiera á ser laborioso en casa del carpintero, y sobre todo á tener paciencia.

Después de un último abrazo á su mamá y á su hermana, salió Arturo con su papá, quien le llevó á casa del carpintero, su maestro futuro.

El taller estaba á bastante distancia de su casa, y al llegar á él, el pobre Arturo sintió el corazón fuertemente oprimido.

Era una tiendecilla oscura y miserable la del carpintero, y estaba situada además en un callejón sin salida, por el cual no pasaba ni una sola persona en todo el día. Arturo, que era vano y orgulloso, sentía un profundo dolor cuando pensaba que le iban á colocar en un taller grande, elegante y lleno de oficiales como los que él había visto cuando iba á paseo todas las tardes con su hermanita; podéis juzgar ahora, mis queridos niños, cuál sería su pena al verse en aquella tiendecita reducida, pobre más bien que modesta, y ocupada sólo por un hombre de aspecto duro y de gran barba negra, que era el maestro.

—Aquí está mi hijo, señor Cristóbal—dijo el señor Bermúdez;—no tenga usted consideraciones con él, porque deseo que sea con el tiempo un hombre de bien y un excelente obre-

ro; si falta á su deber, castíguelo usted, porque la corrección es saludable para los caracteres rebeldes.

Luego, volviéndose á Arturo, continuó:

—Te deseo mayor dicha aquí que al lado de tus padres, á quienes tan poco amor y resignación has demostrado; sé bueno para que Dios te haga dichoso.

Al acabar de pronunciar estas palabras salió el señor Bermúdez de la tiendecita, dejando á su hijo en compañía del carpintero.

Arturo siguió á su padre con una mirada llena de lágrimas; el terror, el remordimiento se iban posesionando de su pobre corazón, comprendiendo entonces toda su ingratitud y el justo castigo que le amagaba.

Bien hubiera querido correr tras de su padre y darle el último abrazo; pero el temor, y más que el temor la vergüenza, se lo impidió.

Cuando obramos mal, queridos niños míos, se apodera del corazón una triste timidez, una cortedad invencible, que embarazan nuestras expansiones y nos privan de demostrar nuestro afecto á las personas á quienes hemos ofendido.

La persona á quien había ofendido Arturo era su propio padre, un padre bueno, indulgente,

generoso por excelencia, y además desgraciado; y no es posible explicaros cuán culpable es el hijo que aumenta, con su dureza y su desobediencia, las penas de los que le dieron el sér.

Arturo fué distraído de sus tristes reflexiones por la bronca voz del carpintero, que le dijo con aspereza:

—¡Muchacho, pon á calentar la cola!

El nuevo aprendiz se volvió con el rostro lleno de lágrimas; pero Cristóbal añadió:

—No me gustan los pucheritos; aquí has venido á trabajar y no á llorar, buena pieza; y te advierto que si te oigo gemir ó no andas muy listo en cumplir con tus obligaciones, te bajaré á una cueva muy oscura que tengo, y que además está llena de arañas y ratones.

Arturo, que temía muchísimo á estas dos clases de animales, enjugó presuroso sus lágrimas, y el carpintero repitió con su terrible acentó:

—Vamos, vamos, recoge cepilladuras y algunas astillas de las que hay por el suelo, y enciende una hoguera á la puerta de casa.

Arturo obedeció, aunque con sumo trabajo, pues la educación mimosa y esmerada que había recibido le imposibilitaba para toda faena material; aunque contaba diez años, parecía más en-

deble y más torpe que otros niños de seis; pero el adusto carpintero y su cueva le inspiraban tanto terror, que hizo cuanto pudo para cumplir del mejor modo posible su comisión.

Cuando la llama prendió, elevándose con su resplandor alegre en aquella oscura calleja, Cristóbal señaló al aprendiz un pequeño perol lleno de cola para que la pusiera á calentar, ordenándole que no dejara de darle vueltas con una astilla.

—Para esta operación te mancharás mucho—añadió—y así, ve á tomar aquel mandil blanco de lienzo que hay colgado de un clavo en la tienda.

El rubor coloreó la frente de Arturo; ¡él, tan elegante, tan pulcro, tenerse que poner aquel horrible delantal que empezaba en el cuello y bajaba hasta los pies! Sacrificio era éste muy superior á sus fuerzas, pero que, sin embargo, tuvo que aceptar.

Mas al ir á tomar el mandil volvieron á correr gruesas lágrimas por sus mejillas, y se acordó con angustia de cuando pateaba de ira al mandarle su mamá que se limpiase el calzado en la soledad de su cuarto y sin que nadie viese lo que hacía.

Cubierto ya con aquel lienzo, que él creía infamante, se puso á dar vueltas á la cola hasta que el carpintero se la pidió.

Poco después dieron las doce; Cristóbal le mandó cubrir con una servilleta gruesa una mesilla coja, y sobre ella colocó el mismo maestro una gran cazuela de arroz con tocino y un pan moreno; puso después en un plato una buena cantidad de arroz, y lo presentó á Arturo con una cuchara de madera y de una limpieza muy dudosa.

El pobre muchacho tomó el plato é intentó comer de él; pero no pudo lograr que su estómago, ni aun su paladar, admitiesen la más pequeña parte de aquel manjar, que era uno de los que más aborrecía en el mundo.

—¡Cómo! ¿Te haces el delicado, chico?—le preguntó Cristóbal, que comía á dos carrillos.

—No me gusta esto...—contestó tímidamente Arturo devolviéndole el plato.

Pues no esperes más regalos—dijo el carpintero;—aquí no hay otra cosa.

—Comeré un poco de pan.

—El pan, si no va acompañado de alimentos sanos y calientes, hace daño á los niños, y á ti te pondría más encanijado de lo que estás.

Y esto diciendo, el terrible carpintero Cristóbal volvió á tomar el pedazo de pan que había destinado á Arturo y se lo comió en dos ó tres bocados.

El probre aprendiz empezó á sollozar; pero Cristóbal, sin alarmarse por tan poca cosa, tomó una enorme llave que pendía de un clavo, y al mismo tiempo cogió á Arturo de un brazo.

—Anda, muchacho, anda—le dijo empujándole hacia una puerta muy estrecha;—anda, y en la cueva gemirás á tus anchas y sin que me causes molestia alguna.

—¡Ah, por Dios, señor, exclamó Arturo cayendo de rodillas á los pies del carpintero.—¡Por Dios le ruego que no me haga bajar á la cueva! ¡Tengo mucho miedo á las arañas! Yo seré bueno, trabajaré, no lloraré más! ¡Pero, á lo menos, no me obligue usted á comer eso, que ni me gusta ni lo podré tragar!

—Está bien—repuso Cristóbal volviendo á dejar la llave en su sitio;—no te obligaré á comer lo que no quieras, porque estoy seguro de que muy pronto pedirás como un favor el alimento á que ahora haces tantos ascos. ¡Eh, á cepillar esta tabla!

Arturo, contento con haber escapado del cu-

cierro, se puso á ayudar á su maestro en el penoso trabajo que le había recomendado; apenas podía su mano con el cepillo, y de su frente brotaba el sudor; pero el temor al castigo le daba fuerzas y trabajó toda la tarde con gran docilidad, si bien con poco fruto, pues estaba muy torpe.

Al anochecer le mandó Cristóbal volver á cubrir la mesa, y al momento que lo hizo, el mismo carpintero colocó sobre ella la cena, que la componía una gran fuente de sopas.

Arturo nunca había querido probar las sopas en casa de su padre; pero el ejercicio corporal y la circunstancia de no haber comido nada en todo el día le habían despertado tal apetito, que comió su parte hasta con placer.

Acabada la cena le dijo Cristóbal que le siguiera, y ambos subieron por una escalerilla que conducía á una especie de camaranchón, en un ángulo del cual había una cama, en extremo miserable, y un jergón cubierto con unas sábanas muy gruesas y una manta vieja en otro lado.

El carpintero señaló este último lecho á Arturo, y encendió un cabo de vela de sebo, que dejó en el suelo, le mandó que se acostara, pre-

viniéndole que al día siguiente tenía que levantarse con el alba.

Dicho esto, salió Cristóbal del camaranchón y bajó la escalera; á poco se oyó el ruido que hacía al cerrar la puerta de la calle.

Arturo temía que el carpintero le hubiera dejado solo en la casa, y se asomó á la puerta; pero nada oyó, y este silencio vino á confirmar sus temores; aterrado, lloroso, se atrevió á llamar en voz baja y temblorosa:

—¡Señor Cristóbal! ¡Señor Cristóbal!

El mismo silencio le respondió.

Volvió á llamar con más fuerza, y tampoco obtuvo respuesta.

Entonces, lleno de angustia, pues era muy medroso, empezó á llorar; pero su misma voz le espantaba, y poco á poco fué bajándola, aunque aumentaban su pena y su sobresalto.

Absorto en su dolor, no advirtió que el cabo que le había dejado el carpintero se consumía y la oscuridad le sobrecogió de repente, como un nuevo y formidable enemigo.

Entonces el pobre niño recordó las palabras que su buena madre le había dicho tantas veces, cuando le reprendía porque hacía estar á una criada junto á su lecho hasta que se dormía.

—Las oraciones ahuyentan el miedo, porque el ángel de nuestra guarda nos cubre con sus alas. Reza y Dios te acompañará.

Sentóse, pues, en el borde de la cama, empezó á rezar con fervor verdadero, y Dios le oyó como oye siempre á los niños que le imploran, porque bien pronto un sueño benéfico vino á cerrar sus párpados y le hizo olvidar todos sus pesares.

Apenas hacía un cuarto de hora que dormía, cuando se abrió la puerta muy despacito, y dos hombres aparecieron en el umbral, llevando uno de ellos una linterna en la mano. Acercáronse al aprendiz y le contemplaron durante algunos instantes.

—¡Pobre hijo mío! ¡Cómo duerme!—murmuró el que no llevaba la linterna.—¡Veo aún en sus mejillas las huellas de sus lágrimas! ¡Cuánto habrá padecido!

—Valor, señor Bermúdez—repuso el de la linterna, que no era otro que Cristóbal el carpintero;—ya sabe usted que lo que hace es sólo por su bien.

—¡Ay, Cristóbal, que es muy duro para un padre el tener que imponer tales correcciones á su hijo! Yo padezco mucho más que él.

—No, pues lo que es el chico ha llevado hoy un mal día: tal vez se quejará á usted de mi excesivo rigor, pues le amenacé hasta con bajarle á la cueva.

—¿Quejarse él?—No lo crea usted, Cristóbal: es fuerte y además muy callado. ¡Así fuera dócil como es reservado y orgulloso!

—Él se corregirá de sus defectos con la ayuda de Dios.

—Y con la de usted, Cristóbal. Jamás olvidaré que ha dejado su gran taller y sus obreros para venir á esta miserable casilla á desempeñar el papel que le he encomendado.

—¿Qué no haré yo por mi antiguo y querido amo, y más ahora que se halla en la desgracia? El taller queda al cargo de mi hermano, y ya sabe usted que es otro yo.

—Lo sé, Cristóbal; pero debo comunicar á usted una noticia que me parece le alegrará: van á darme un destino muy bueno en uno de los Ministerios.

—¡Ah! ¿De veras, señor?

—Sí; es ministro uno de mis mejores amigos, uno de los hombres más generosos que conozco, y me ha ofrecido mejorar mi suerte y hacer esta ventaja durable; pero salgamos,

Cristóbal, pues temo que mi hijo despierte.

El buen padre besó suavemente las mejillas de Arturo, y salió, no sin volver muchas veces la cabeza para contemplarle.

Entre tanto que su hermano quedaba sometido á las duras pruebas que debían suavizar su carácter díscolo é irascible, Margarita desplegaba, al lado de su madre, todas las bellas prendas del suyo; jamás en tan tierna edad se vió otra criatura más complaciente, mas laboriosa, más sufrida; levantábase muy temprano, y aseaba su misma alcoba, ayudando después á su mamá en todos los quehaceres de la casa; viendo que su peinado ocupaba un largo rato cada día, aprendió ella misma á disponer y limpiar sus cabellos del mejor modo posible; después que concluía de llenar todos sus deberes, se sentaba á hacer labor cerca de su madre, sin alzar la cabeza, aun cuando aquélla se levantase para atender á algún cuidado de la casa.

Esto justamente era lo que más admiraba, no sólo á todas las personas que visitaban á sus papás, sino también á una señora de edad y á su hija, cuya casa estaba situada enfrente de la de Margarita. La aplicación de esta niña las tenía encantadas, porque es sabido que casi todas las

niñas, así que se separan de su lado la maestra ó la mamá, ya no dán una puntada hasta que las oyen volver; esto, además de ser una desobediencia, es una falta vergonzosa, que indica muy poca delicadeza en las niñas que la cometen, pues da á entender que sólo el temor del castigo es lo que las hace trabajar, cuando la aplicación debe ser efecto del convencimiento.

—¡Qué niña tan encantadora!—decía á su mamá la señorita vecina.—¡Qué aplicada, qué dulce, qué modesta es!

Un día que repetía estas palabras miró casualmente Margarita hacia el balcón de la joven, y ésta le hizo una señal para que le abriera.

La niña interrogó á su madre, y ésta abrió el balcón en seguida.

—¿Quieres venir á comer hoy conmigo, querida mía?—preguntó á Mrrgarita la hermosa joven.

—Si mamá me lo permite, con mucho gusto—respondió Margarita con aquella gracia y dulzura que la hacían dueña de todos los corazones.

—Mi hija y yo nos honramos mucho con esa invitación, señorita—respondió la señora de Bermúdez con gratitud.

—De ese modo, señora, suplico á usted que

nos haga el favor por completo—dijo á su vez la señora madre de la joven—dé usted permiso á la niña para que deje por hoy su labor y pase á hacernos compañía.

Un instante después Margarita se hallaba en los brazos de sus vecinas.

—¿Cómo has venido sola, hija mía?—preguntó la madre de la joven.

—Porque no tenemos criada, señora—respondió Margarita.

—¡Cómo!

—Mi papá ha sido rico, pero hoy es pobre y desgraciado. Mamá y yo hacemos todas las labores de la casa, y como estamos tan cerquita, me ha permitido que viniera sola.

La anciana y su hija enjugaron una lágrima al oir el noble y sencillo lenguaje de la niña, y luego la segunda procuró distraerla.

Después de la comida, en la que Margarita dió pruebas de la más esmerada educación y de la mayor compostura, avisó un criado que el coche esperaba, y las tres fueron conducidas al teatro en una magnífica berlina.

La anciana señora era la condesa viuda del Alamo que vivía en aquel barrio solitario deseosa de hallar la quietud que sus años y sus

achaques necesitaban; pero sus bienes eran tantos que, además de proporcionarle gran lujo y comodidad, le permitían socorrer, con pródiga mano, á muchas familias desgraciadas.

Desde aquel día miró á la linda Margarita como á otra hija suya, y la llenó de regalos, remediando de este modo, con la mayor delicadeza, la pobreza de sus padres.

Llegó el día 10 de Junio, en que la Iglesia celebra la fiesta de la santa reina de Escocia, Margarita; el calor no era aún sofocante, y la condesa y su hija debían salir para unos baños de Francia aquella misma noche.

Como día de su santo, y como último que por entonces habían de permanecer en Madrid, Margarita lo pasó desde muy temprano en casa de sus amigas; éstas recibieron muchas visitas aquel día, pues sus amigas querían saludarlas antes de su partida; después de comer, la condesa llamó á un criado para que llevase á la niña á su casa.

—Toma, Margarita—le dijo al despedirse, poniendo en el bolsillo de su delantalito de seda un papel enrollado—toma, hija mía, y di á tus papás que este papel es el regalo que yo te hago por el día de tu santo.

—Y estos son los míos—dijo la joven dando á Margarita un estuche de terciopelo blanco y al criado un voluminoso paquete.

Luego abrazaron ambas á la niña, que se fué á su casa con el criado.

Margarita, así que llegó á su habitación, repitió las palabras de la condesa del Alamo y de su hija, depositando en la falda de su madre el estuche y el paquete, en tanto que su padre desdoblaba el papel que llevaba en el bolsillo.

¡Pero cuál fué su asombro al ver que era una donación, hecha en toda regla, de una hermosa casa situada en la calle de Alcalá, y propiedad de la condesa!

—Mira—dijo con los ojos arrasados en lágrimas dando el papel á su esposa.

—Mira—dijo ésta á su vez presentando en el estuche abierto una cascada de diamantes.

Era un aderezo digno de una reina, y en el centro del estuche se leía:

Para Margarita, como premio de su dulsura y sumisión.

El paquete contenía dos trajes de señora, de seda, y sobre ellos un rótulo con estas palabras:

Regalo de Margarita á su mamá en el día de su santo.

Además de estos vestidos había otros dos para la niña, de gran precio y de última moda.

El Sr. Bermúdez y su esposa corrieron á casa de la condesa, que ya iba á subir á su carruaje.

—¡Señora!—dijo la madre de Margarita—no podemos admitir tan enormes beneficios; da usted á mi hija cuantiosas sumas, y seríamos culpables aceptándolas.

—Aun me quedan para la mía algunas más, querida amiga—repuso la anciana abrazando á la señora de Bermúdez.—Dios quiere que sea Margarita el ángel bienhechor de sus padres y no podía dar mayor recompensa á su carácter celestial; mañana vayan ustedes á vivir á su casa; muy temprano irá mi apoderado y les entregará un semestre que acaba de cobrar de los inquilinos y que de derecho pertenece á ustedes.

Y la buena señora, para sustraerse á los extremos de gratitud de los padres de Margarita, subió al carruaje, donde ya le esperaba su hija.

Acto continuo partió el coche al trote del brioso tronco.

Durante algunos instantes, dos pañuelos blancos que asomaban por la ventanilla hicieron á los esposos tiernas señales de despedida.

Al día siguiente, y á eso de las siete de la

mañana, la señora de Bermúdez, vestida aún con su pobre traje, fué al taller de Cristóbal, acompañada de su esposo.

Diez días hacía que se hallaba allí Arturo, y aunque en todos ellos no había visto á sus papás, no creáis, niños míos, que éstos habían hecho lo mismo con él; todas las noches habían ido los dos y le habían contemplado dormido y acariciado en medio de su sueño, derramando lágrimas amargas por el duro castigo que se habían visto obligados á imponerle.

Al verlos entrar aquella mañana se sonrió Cristóbal con malicia; pero Arturo, que á la sazón estaba de espaldas revolviendo la cola, de nada se apercibió.

—¡Muchacho!—dijo el honrado Cristóbal ahuecando la voz, según su costumbre con el aprendiz.—Aquí hay unos señores que preguntan por ti.

Arturo se volvió sorprendido, y su madre corrió á abrazarle.

¡Cuán mudado se hallaba el pobre niño! Su carita, antes llena y rosada, estaba pálida y enflaquecida; á la orgullosa expresión de sus ojos y de su sonrisa había reemplazado otra de triste resignación, y sus manos, tan finas y suaves

ántes, estaban ahora ásperas y embastecidas.

—¡Ah, papás míos—exclamó Arturo llorando.—¿Venís á llevarme con vosotros? Porque yo seré bueno y dócil y no me quejaré ya de nuestra pobreza.

—Confiamos en tu enmienda, hija mío, y te llevamos al lado de tu hermana, que desea mucho abrazarte—respondió su mamá.

En tanto el Sr. Bermúdez puso un bolsillo de oro en las manos de Cristóbal.

—¡Pero señor!—exclamó éste admirado.

—Soy rico—repuso el señor Bermúdez—y jamás podré pagar á usted como debo el servicio que me ha hecho.

Algunos instantes después, Arturo se hallaba al lado de su hermana, que le abrazaba en una elegante habitación de la calle de Alcalá.

—Tengo muchos deseos de llegar á casa—dijo Arturo—para ayudaros en todo.

—Pues ya estás en ella.

—¡Cómo!

—Sí, hijo mío—repuso el Sr. Bermudez.—La fortuna nos sonríe otra vez; me han concedido un buen destino, y además poseemos fincas y riquezas, porque Dios ha premiado la virtud de tu hermana; pero en medio de la prosperidad

ruego á Dios por los pobres que viven sujetos á un trabajo penoso y asiduo; y si algún día vuelve á llamar la desgracia á las puertas de nuestra casa, recíbela con resignación, y di, alzando los ojos y el corazón á Dios:

—¡Tuyos son, oh, Señor, todos los bienes de la tierra! ¡Tú eres el padre de los mortales! Bendita sea tu santa voluntad!

FIN DEL CARPINTERO

LOS PREMIOS

Aproximábanse los días de Pascua de Navidad, tan deseados por los niños, y los del Marqués del Prado estaban muy preocupados, hablando sin cesar de aquellas fiestas, tan esperadas y tan temidas al mismo tiempo por ellos.

—¿Por qué eran temidos por los hijos del Marqués aquellos hermosos días, en que se comen sin cesar castañas asadas, turrón y dulces?— me preguntaréis, queridos niños, y yo os lo voy á decir.

Los hijos del Marqués eran tres: Luis, de edad de once años; Alberto, que contaba nueve, y Francisco, que acababa de cumplir ocho; de estos tres niños, el mayor y el más pequeño eran dos prodigios de talento y viveza, mientras Alberto, que era el mediano, sobresalía por su carácter torpe, encogido y casi tosco.

El padre amaba en primer lugar y con extre-

ma preferencia á Luis, el mayor de todos, no sólo por su talento y despejo, sino también por su belleza, que era muy notable.

Después del primogénito, dedicaba todo su afecto á Francisco, que llevaba su nombre y era un modelo de delicadeza y distinción en sus maneras y en todos sus hábitos.

Mas para el pobre Alberto quedaba un lugar muy pequeño en el corazón paternal: motejábasele sin cesar su torpeza, su voz bronca y hasta la obesidad con que la naturaleza quiso dotarle, y que contrastaba con las esbeltas figuras de sus dos hermanos.

Éstos, por su parte, le aburrían también con sus bromas: se burlaban de todas sus acciones, y jamás hacía el pobre muchacho nada que fuese del agrado de su padre y hermanos.

Tal y tan continuada injusticia volvía de cada día más huraño y grosero el carácter de Alberto; á los nueve años no hay en el alma fortaleza bastante para soportar y excusar la injusticia, y si Alberto callaba ante las continuas reprensiones de su padre, no hacía lo mismo al oir las burlas de sus hermanos, que recibieron más de un mojicón de sus robustos puños al saludarle con risas malignas.

Dos defensores tenía, sin embargo, el pobre Alberto, y no poco poderosos ciertamente: era el uno su mamá, que le quería al igual de sus demás hijos, aunque no podía negar que los otros estuvieran dotados de prendas mucho más brillantes, y el otro el preceptor de los niños, sabio y honrado anciano, que se llamaba D. Justo, y que consolaba á Alberto de todos sus sinsabores.

Oigamos una conversación del preceptor y de la Marquesa en la habitación de esta última, y ella nos orientará del motivo por que deseaban y temían á un mismo tiempo los niños las fiestas de Navidad.

Era una noche de las primeras del helado Diciembre, y el Marqués no había vuelto aún de una cacería, á la cual había convidado á algunos amigos; los tres niños estudiaban sus lecciones, pues acababan de dar las siete, y hasta una hora después no podían abandonar la sala de estudio.

Ningún ruido turbaba la apacible tranquilidad del hermoso castillo de los Marqueses del Prado, situado cerca de la humilde aldea de San Silvestre, porque la crecida servidumbre tenía orden de guardar el más absoluto silencio durante las horas de estudio de los niños.

—¿Conque segun usted me asegura, D. Justo—dijo la Marquesa—ya ha elegido mi esposo las tres pruebas á que se han de sujetar los niños para ganar los premios?

—Sí, señora—respondió el preceptor.

Pues á mí todavía no me ha dicho nada.

—A la vuelta de la caza lo notificará á los niños en presencia de usted.

—¿Y puede usted adelantarme la noticia?

—Sí, señora.

—Veamos cuáles son esas tres formidables pruebas.

—¿Me promete usted no decirlo á los niños?

—Sí, señor; mi discreción tiene poco mérito, porque sólo me ha de durar algunas horas.

—Pues bien; sepa usted que las tres pruebas son: primera, una acción meritoria y caritativa, según la inspiración de los niños; segunda, un ejercicio de dibujo, y tercera, un rasgo de verdadera grandeza de alma.

—Eso último me parece lo más difícil.

—Y á mí también, señora.

—¿Qué ocasión han de tener aquí los niños de ejercer un rasgo de magnanimidad?

—Repito que me parece difícil, mas, no obstante, es preciso que las tres cosas tengan efecto

para alcanzar los premios ofrecidos, que son hermosos, según me ha asegurado el Marqués.

—¿Qué, no los ha visto usted, D. Justo?

—No, señora.

—Están en mi habitación, porque yo debo ser quien los adjudique; se han colocado pomposamente en mi gabinete particular; allí tendrá lugar la ceremonia el primer día de Pascua.

—Mucho agradecería á usted, señora, que me dijese en qué objetos consisten.

—Con mucho gusto: el primero, ó el designado para premiar la acción caritativa, es un reloj de oro con cerco de brillantes, pequeño y tan admirablemente trabajado en Ginebra, que causa admiración; este relojito tiene en la tapa y formadas también con brillantes las armas de nuestra casa.

—Me parece muy bien el primer regalo; pasemos al segundo.

—El segundo, destinado al trabajo de dibujo, es una caja de nácar con incrustaciones de oro, llena de lápices, y una cartera de piel de Rusia, con llave y cerradura de plata, que contiene una colección de modelos admirables.

—La elección hace honor al talento del señor Marqués.

—El tercer premio, ó el destinado á recompensar un rasgo de abnegación ó de generosidad, consiste en un ejemplar de las obras del gran Fenelón, encuadernadas en terciopelo carmesí, con cortes de oro; todo está colocado en el centro de mi gabinete, sobre una mesa cubierta con un tapete de seda, y, como ya he dicho á usted, allí tendrá lugar la solemne adjudicación.

Aquí llegaban de su conversación la Marquesa y D. Justo cuando se oyó el galope de algunos caballos, que se detuvieron en la puerta del castillo, y poco después entraron en el salón el Marqués y varios caballeros que le habían acompañado á cazar.

Éstos saludaron á la Marquesa, y así que dieron las ocho, el Marqués llamó á un criado con la campanilla, y le ordenó que avisase á sus hijos que los esperaba.

Poco tardaron en presentarse los tres niños, cuyo aspecto era muy diferente entre sí.

Luis, el mayor, era de alta estatura, de tez trigueña, hermoso cabello rizado y rasgados ojos negros, llenos de fuego y altivez; en su porte todo se advertía el orgullo del heredero de una grande y opulenta casa, y en sus mane-

ras cierta arrogancia templada por la más exquisita urbanidad.

Alberto entró después de su hermano, y en verdad que ofrecía un penoso contraste; el pobre niño era bastante feo, y lo parecía más á causa de sus ojos bizcos, de su cutis señalado por las viruelas, de su boca grande y de su cara mofletuda; además, torcía mucho los pies al andar, lo cual hacía su paso tan torpe y dificultoso, que provocaba á risa.

Francisco, el más pequeño, era un querubín, rubio y rosado, de ojos azules como el cielo, de largos y elásticos bucles dorados, que caían sobre sus espaldas y hombros, y cuya voz era dulce como el canto de un pájaro.

Éste y su hermano mayor entraron con gran desembarazo, en tanto que Alberto se quedaba detrás tímido y cortado.

Los amigos de sus padres hicieron mil caricias á Luis y á Francisco, ponderando su belleza, su distinción y su gracia; pero nadie miró siquiera al pobre Alberto. Sólo su madre le llamó, le tomó la mano y le retuvo á su lado.

—Hijos míos—dijo el Marqués dirigiéndose á los niños—os he llamado para haceros saber que dentro de veinte días, á contar desde ma-

ñana, tendrá lugar un certamen, en el que se adjudicarán tres premios por mano de vuestra buena mamá; estos tres premios serán concedidos: 1.º, á aquel de vosotros que ejecute la acción más caritativa; 2.º, al que presente el paisaje más perfecto y acabado hecho al lápiz; 3.º, al que ejecute una acción verdaderamente grande y magnánima. Don Justo tomará acta de todo cuanto hagáis para conseguir los premios, y el día del certamen se publicará en presencia del auditorio que será convidado para que tome parte en mi alegría y en la de vuestra madre, pues nada hay más grato para nosotros que el deber de recompensar vuestras virtudes. Ahora que ya estáis enterados de la solemnidad que preparo para el día primero de Pascua, retiraos para reflexionar lo que debéis hacer, y tened presente que, de los tres premios, hay dos destinados á buenas acciones, porque prefiero la bondad en las prendas del alma á la perfección en las habilidades mecánicas.

Los tres niños se retiraron á sus respectivos cuartos, llenos de temores y esperanzas Luis y Francisco, y Alberto sumido, al parecer, en su habitual insensibilidad.

Al día siguiente, muy de mañana, Luis y

Francisco se dirigieron al cuarto de D. Justo, rogándole que les diese sus consejos acerca de lo que primero deberían hacer.

—Queridos míos—respondió el buen preceptor—creo que lo más esencial es que cada uno de ustedes empiece su paisaje, en el cual trabajará todas las mañanas, y por las tardes saldremos á visitar las cabañas de los necesitados, para hallar ocasión de ejercer la caridad.

Los dos niños convinieron en que esto era lo prudente, y se pusieron á pensar en el asunto que deberían elegir para sus dibujos.

—No es preciso que sean originales—dijo D. Justo.—Tengo orden de su papá para advertirles que se contenta con dos buenas copias, pues la tierna edad de ustedes no permite mayor exigencia; ya ven ustedes, pues, amiguitos, que todo consiste en la elección.

—De ese modo—dijo Luis—yo voy á copiar aquel castillo feudal al cual llega un caballero andante, que está á la derecha entrando en la galería de pinturas de papá, y que, según me ha dicho, es obra del pintor Vanloo.

—Gran osadía es esa, mi querido Luis—repuso sonriendo el preceptor.—Quiere usted copiar nada menos que al gran pintor de cámara

de Luis XV de Francia; pero sea; no culparé yo jamás la hermosa ambición del talento; el asunto es digno, inmejorable; ánimo, pues, y á trabajar.

—Yo—dijo á su vez Francisco—copiaré el valle y los pastores de Wateau.

—Pero, hijo mío, ¡no es posible que usted se atreva á copiar figuras!—exclamó asustado el anciano.—¡Y figuras de Wateau! ¿Sabe usted que los más grandes artistas no pueden copiar sus ideales pastores, ni el admirable follaje de sus árboles?

—¿Qué importa? Yo lo intentaré—respondió Francisco con arrogancia.

—Sea en buen hora; el marqués atenderá á la corta edad de usted, y es tan bueno, que no será exigente; pero—añadió el preceptor—¿dónde se halla Alberto?

—No le hemos visto todavía—dijeron los dos niños á la vez.

—Con él no hay que contar—añadió Luis—ni habrá pensado en lo que anoche dijo papá, ni quizá lo habrá entendido.

—Son ustedes injustos con su hermano—observó con alguna seriedad el preceptor—y yo deseo en el alma que se lleve alguno de los pre-

mios, lo que quizá sucederá, pues Dios es demasiado bueno para no alentar á esa infeliz criatura.

—¿Sabe usted cómo son los premios?—preguntó Francisco.

—Sí, por cierto.

—¡Ah, D. Justo, querido D. Justo!—exclamaron los dos niños llenos de ansiedad.—¡Díganoslo usted por Dios!

—No puede ser—contestó gravemente el preceptor.

—¿Por qué?

—Porque no tengo permiso de su papá de ustedes.

—Pero nosotros no diremos nada.

—No importa; nada sabrán ustedes por mí; conque, ea, á trabajar con buen ánimo, á ver si salen dos copias, regulares siquiera, de Vanloo y de Wateau.

Y D. Justo, para sustraerse á los ruegos de los niños, tomó su bastón y su sombrero y se fué á dar su acostumbrado paseo de todas las mañanas.

Luis y Francisco hicieron llevar sus caballetes á la galería de pinturas; los colocaron al frente de los paisajes que habían elegido, y se pusieron á trabajar con ardor.

Entre tanto, D. Justo bajó por un sendero que iba á morir cerca del castillo y que llevaba por la izquierda á un vallecito plantado de álamos.

En el centro de aquel valle se levantaba una ermita pequeña, pero blanca y graciosa, como una paloma entre un nido de verdura.

Aquella ermita estaba rodeada de algunos campos que, entre el verdor de sus orillas, mostraban una capa de nieve que picoteaban los pobres pajarillos hambrientos á causa de los rigores del invierno, que había cubierto con su doble manto de nieve y hielo las semillas olvidadas por el laborioso labrador.

El sol se levantaba tras una pequeña colina á cuyo pie se elevaba la ermita é iba á quebrar sus rayos en la nieve, que derretía poco á poco, fingiendo á las aves un día de primavera.

Don Justo se detuvo ante aquel bello paisaje; casi al mismo tiempo la campana de la ermita dió las nueve, hora en que se cerraba hasta la tarde y en que el capellán, amigo de D. Justo, salía, después de decir misa, á dar su paseíto cotidiano.

Los dos amigos se saludaron cordialmente, y continuaron subiendo por el sendero á cuyo

fin levantaba el castillo su orgullosa fachada.

De repente el capellán se detuvo sorprendido y D. Justo le imitó; al pie de un árbol muy grande, desnudo de sus ramas por los rigores de la estación, se hallaba sentado Alberto en la postura más extrañamente original.

Tenía sobre sus rodillas una gran tabla cuadrada, en la que había extendido un pliego de papel marquilla, y dibujaba lentamente, pero con tan sostenida atención que no advirtió la presencia de su preceptor y del capellán.

—¿Qué hace usted aquí, hijo mío?—preguntó D. Justo, apoyando su mano en el hombro de Alberto.

—Estoy dibujando—respondió éste lacónicamente.

—¿Es acaso para presentar un hermoso paisaje á su papá de usted?

—No me atrevería á eso; soy tan torpe que nada podré hacer digno de enseñarse.

—No lo creo yo así—repuso el preceptor, que compadecía de veras á aquel pobre niño, al que nunca se le dirigía una palabra que le animase y fortaleciese;—veamos—añadió—veamos, querido Alberto, su dibujo de usted.

Pasó D. Justo por detrás del joven dibujante

y asomó la cabeza por encima de su hombro; mas apenas había dirigido un mirada al papel se escapó de sus labios una exclamación de sorpresa y admiración.

—¡Esto es maravilloso!...—dijo con acento conmovido.—¡Qué exactitud! ¡Qué belleza en los contornos! ¡Oh! ¡Venga usted, venga usted, señor cura.

El capellán se acercó, en efecto, y fijó los ojos en el dibujo, haciendo también expresivos ademanes de aprobación.

—Lo que más me asombra en este trabajo es que apenas está principiado y ya se admiran en él los más delicados detalles. ¡Este niño será un gran artista!

—Ea, mi querido Alberto, prosiga usted su obra con constancia, pues yo le aseguro que será una cosa admirable—dijo á su vez D. Justo;—el señor cura y yo vamos á seguir nuestro paseo para no distraerle.

El niño continuó dibujando y los dos ancianos se alejaron lentamente.

—Mi corazón rebosa de gozo—exclamó el preceptor cuando ya no pudo oirle su discípulo;—todos en el castillo, menos la Marquesa, son injustos con ese pobre niño; pero yo reco-

nocía en él admirables dotes para el trabajo; es cierto que sus hermanos poseen más brillantez de imaginación y mayor destreza para toda clase de estudios; pero ninguno de los dos tiene la perseverancia y el aplomo de Alberto, ¡oh, amigo mío, este es un día dichoso para mí!

Poco después el capellán dejó á D. Justo en la puerta del castillo y se volvió á la aldea, donde habitaba una modesta pero limpia casita.

El primer cuidado del preceptor así que entró en el castillo fué ir á la galería de pinturas para inspeccionar los dibujos de Luis y de Francisco, que trabajaban con cansancio desde ya hacía algún rato.

—Es preciso que dejen ustedes los lápices—dijo D. Justo;—hay en ambos dibujos tirantez, falta de espontaneidad; en las bellas artes sólo se puede trabajar con gusto, y es inútil violentar la imaginación; dediquémonos á otros trabajos, y á la tarde saldremos á paseo, pues para las copias tienen ustedes sobrado tiempo.

Los dos niños se dedicaron á sus lecciones de latín, geografía y geometría, en las cuales fué pronto Alberto á tomar su parte acostumbrada.

Sus hermanos no le preguntaron si tenía empezado algún dibujo, pues no pensaban siquiera

que Alberto intentase entrar en competencia con ellos.

Hacia la hora de comer se fué encapotando el cielo, tan sereno por la mañana; poco á poco las nubes se convirtieron en un color blanco que invadió todo el cielo y que prometía una abundante nevada.

En efecto, antes de levantarse de la mesa empezó á nevar con furia, y los niños se vieron obligados á renunciar á su paseo.

Su padre les preguntó que si ya habían elegido sus asuntos para los dibujos, y Luis y Francisco contestaron con arrogancia que ya se ocupaban de ellos.

—¿Y qué habéis escogido?—tornó á preguntar el Marqués.

—Yo—dijo Luis—el efecto de la luna en la selva de Vanloo.

—¡Cómo! ¿Aquel paisaje del castillo feudal á cuya puerta llega un caballero á pedir hospitalidad?

—El mismo.

—Ciertamente, hijo mío, que has estado poco modesto—dijo el Marqués sonriéndose;—pero no importa, á los audaces ayuda la fortuna; ¿y tú, Francisco, en qué te ocupas?

—En copiar el valle y dos pastores de Wateau.

—Ambas elecciones están en armonía con vuestro carácter y hasta con vuestro físico. Luis el valeroso, el arrogante, se inclina á un paisaje de noche, y elije un castillo feudal y un caballero andante. Francisco, el dulce, el apacible, escoge un paisaje de Wateau; veamos el gusto de Alberto.

—Yo, papá, copio el molino de la aldea, las vacas negras de nuestros pastores y la colina donde pacen.

Una carcajada de los dos niños y un gesto de enfado de su padre siguieron á las palabras de Alberto; la Marquesa, afligida, se retiró á su cuarto, y sólo D. Justo sentía agitarse de alegría su corazón, presintiendo un triunfo muy cercano para su querido Alberto.

El paseo no pudo tener lugar á causa de la nieve, y la tarde se pasó, parte en estudiar, parte en leer y otra parte en jugar á las damas.

El temporal siguió cuatro ó cinco días, por cuya razón quedaron del todo interrumpidos los paseos y las visitas á las cabañas de los menesterosos.

Puede comprenderse la impaciencia de los ni-

ños, que mientras tanto trabajaban todo lo posible en sus dibujos, pues se aproximaba rápidamente el gran día.

Mas ¡ay! que parecía que una nube fatal velaba la inspiración de Luis y de Francisco; por más de diez veces habían desgarrado uno y otro sus dibujos, y cada vez las copias salían más frías, más amaneradas, más defectuosas.

Nada era, sin embargo, más natural que aquel éxito desgraciado.

Los dos artistas, extraviados por una extrema presunción que les era natural y que aumentaba cada día con el loco amor y las alabanzas de su padre, habían acometido una empresa muy superior á sus fuerzas y al estado de su instrucción.

Borrando, rehaciendo, rompiendo y derramando algunas lágrimas de ira se pasaron hasta quince días de los veinte fijados por el Marqués para la adjudicación de los premios.

—¿En qué estado llevas tú el dibujo?—preguntó una tarde Luis á Alberto.

—Lo he concluído—respondió éste con naturalidad.

—¿Nos lo quieres enseñar?—preguntó Francisco.

—Con mucho gusto—respondió Alberto, y salió volviendo después con su paisaje en la mano.

Era una cosa admirable, fresca, deliciosa; apenas se concebía cómo con el lápiz había podido la mano de un niño de nueve años dar tal diafanidad al cielo, tal vigor á los árboles, tal claridad al agua, tanta suavidad al musgo; el paisaje, que era muy grande, representaba el hermoso valle, patria y cuna de los niños, con su castillo señorial al frente, su ermita á la izquierda, su florida colina, á cuya falda pacían las negras vacas de los arrendatarios; todo era bello, sencillo, verdadero, y el genio del niño lo había embellecido más todavía, dando ramaje á los árboles desnudos por la nieve, rodeando de musgo la piedra de la fuente y retratando dos ó tres pajarillos que se bañaban las pardas plumas en las espumas de plata del agua murmuradora.

—¡Señor! ¡Dios mío! ¡Qué cosa es esta! —gritó D. Justo, cuyo corazón latía en su pecho lleno de gozo supremo.—¡Hijo mío, Alberto! ¡Además de copiar del natural, cosa bien difícil, hay mucho de original en este soberbio cuadro! ¡Qué pájaros! ¡Qué sombra la de estos ála-

mos! ¡Y la ermita con su torre y su gallo de bronce en la veleta! ¡Y esos rayos argentados de luz que reflejan en el agua! ¡Su cuadro de usted, hijo mío, basta para dar nombre á un pintor!

—¿Y los vuestros? ¿En qué van vuestras copias?—preguntó el artista á sus hermanos.

Ambos respondieron con lágrimas.

—Voy á proponeros una cosa—dijo Alberto.—Yo haré esas dos copias por vosotros; no muy bien, quizá, pero sí lo mejor que pueda.

—Quedan sólo cinco días—repuso D. Justo—más valdría que eligiesen otro asunto sencillo, tal como copiar un ramo de flores y retratar á Sultán, el gran perro de casa; usted, hijo mío, no puede trabajar tanto.

—Tampoco es justo, querido señor, que mis hermanos sufran la vergüenza de decir á papá que no han sabido copiar lo que se propusieron—dijo Alberto con entereza.—Entre hermanos todo debe ser común; y pues yo tengo más paciencia y más cachaza que ellos, nada más natural que para ellos las emplee.

Y Alberto tomó papel nuevo y empezó en seguida la copia de la selva de Vanloo.

Dos días después terminó su trabajo, admira-

ble, de una belleza que arrobaba los ojos, pues aquella copia de lo inmóvil le fué mucho más fácil que su propio cuadro.

Sin descansar un instante emprendió el paisaje de Wateau, y el que había dado tan feliz cima á los dos dificilísimos trabajos anteriores, claro está que había de salir airoso de la última prueba, que era la menos arriesgada para aquel pulso firme, para aquella delicada percepción de artista.

Cuando Alberto dejó el lápiz, su fealdad se había aumentado: la fatiga, el insomnio—pues su afán de sacar á sus hermanos del grave apuro en que se hallaban no le había dejado dormir—habían rodeado sus ojos de un círculo violado: tenía fiebre, y parecía agobiado con el supremo esfuerzo que había impuesto á su voluntad.

El ángel de su guarda le había sostenido en su penosa tarea; pero su cuerpo se rendía, pues había salido en los últimos cinco días por doce ó trece horas de incesante trabajo.

—Vamos, vamos, hijo mío, es preciso que usted salga á respirar el aire libre—dijo don Justo;—su cabeza está abrasada, y á pesar de la gran nevada que cubre el valle, un paseo le

hará mucho bien; además, mañana es la repartición de los premios, y, bien á pesar mío, aun no he podido consignar en la Memoria que estoy redactando ninguna acción generosa y caritativa.

Los tres niños salieron con su maestro después de abrigarse con cuidado.

Luis y Francisco iban cabizbajos y tristes; al menos Alberto tenía la satisfacción interior de haber hecho tres magníficos cuadros; pero ellos no habían hecho ninguno, ni habían socorrido desgracia alguna, ni menos hallaban medio de ejecutar la heroicidad que su padre les exigía para adjudicarles el tercer premio.

Así anduvieron cerca de media legua alejándose bastante del castillo; la tarde estaba muy nublada, y una gran cantidad de nieve, helada ya, cubría el suelo.

Era el día de Natividad, y la naturaleza desataba sus rigores, lo mismo que aquella noche en que nació el Niño Dios en un pesebre.

Los hijos del Marqués, sumidos en la tristeza, ni aun pensaban en la suculenta y alegre colación de aquella noche, ni en los rabeles y zampoñas que debían tocar delante de un hermoso nacimiento, regalo de su mamá en el año

anterior, y que debía resplandecer brillantemente iluminado.

De repente, D. Justo, que iba delante, se detuvo é hizo seña á sus discípulos de que se acercasen; mas ¡cuál sería su asombro al hallarse con una mujer y un niño casi enterrados en la nieve!

Luis y Francisco se miraron y se comprendieron: ya había parecido la ocasión de la acción generosa.

Los dos echaron á correr á la aldea vecina para pedir socorro; pero Alberto se arrodilló junto al niño, empezó á despojarle de la nieve que le envolvía, quitóse su capotillo guarnecido de pieles, y tomando en sus manos al inocente —que podría tener cuatro años—le abrigó con él y dijo á D. Justo:

—Este niño se morirá de frío si se queda aquí por más tiempo, y voy á llevarle al castillo.

—¡Pero, querido Alberto, usted se ha quedado desabrigado del todo y va á coger alguna pulmonía!

—No lo querrá Dios—repuso el heroico niño, andando ya hacia el castillo.

—Yo llevaré al chiquitín; soy más fuerte que usted.

Usted es anciano y está achacoso; sólo le ruego que se me adelante y diga á mi mamá que prepare una cama bien caliente y haga llamar al médico para que vea á este pobre niño.

Don Justo obedeció, y una hora después de haber llegado él, y cuando volvía en busca de Alberto, vió llegar á éste casi exánime de frío y de fatiga: depositó al niño en los brazos de su madre y cayó al suelo privado de sentido.

Poco después llegaron Luis y Francisco, acompañados del capellán, y anunciando muy ufanos que la pobre mujer, madre del niño, quedaba acostada en casa de un aldeano.

Al día siguiente, y á las once de la mañana, el salón de los Marqueses del Prado se hallaba lleno de una concurrencia tan lucida como numerosa, pues todos los señores de las cercanías habían sido convidados para la gran solemnidad.

La Marquesa, vestida elegantemente, estaba sentada delante de la mesa en que se hallaban los tres premios; á su lado se veía á D. Justo que tenía en la mano la relación exacta de lo ocurrido, aunque atribuyendo las dos copias de la galería de pinturas á Luis y á Francisco, según el deseo de su hermano.

A la derecha de la Marquesa estaba su espo-

so, y junto á éste, acostado en una linda cuna de caoba, con cortinas de gasa blanca, se veía al niño salvado por Alberto en la tarde del día anterior.

Finalmente, á la izquierda de la Marquesa se hallaban en pie, y vestidos con preciosos trajes nuevos, Luis y Francisco, y al lado del primero, Alberto recostado en un ancho sillón, pálido, abatido y envuelto en una de bata de terciopelo.

Detrás del sillón del niño se apoyaban el médico del castillo y el capellán.

Dióse principio al acto leyendo D. Justo su relación con voz grave y reposada, y seguidamente el Marqués se levantó y dijo con acento firme:

—Premio destinado á una acción generosa, que se adjudica á Alberto María Augusto de Prado y Silva, por haber salvado, con peligro de su vida, pues se hallaba ya gravemente enfermo, según dictamen del facultativo, á un niño de cuatro años, que perecía entre la nieve del valle.

La Marquesa se levantó y fué á suspender del cuello de su hijo enfermo la rica cadena que sostenía el reloj guarnecido de diamantes; todos

vieron correr guesas lágrimas por sus mejillas, arrancadas ya por la alegría de premiar á su hijo, ya por el dolor de verle enfermo.

Una salva de aplausos llenó el salón, y los ojos de Alberto lanzaron un rayo de alegría.

En seguida el Marqués desdobló los tres dibujos y los examinó con el ojo certero de un gran artista, pasándolos después á la concurrencia, que los examinó á su vez.

La voz del Marqués se dejó oir de nuevo grave y sonora, diciendo:

—Premio destinado al mejor paisaje al lápiz, que se adjudica á Luis María Fernando de Prado y Silva, por su bello trabajo copia de un cuadro de Vanloo.

Luis, con aquella viveza irreflexiva que le era natural, se arrojó en los brazos de Alberto llorando á lágrima viva.

La Marquesa le llamó y le entregó la preciosa caja de lápices y la rica cartera llena de modelos.

El Marqués se volvió á una mesa que tenía detrás, tomó de ella un soberbio álbum con tapas de concha y oro lleno de magníficas acuarelas, y lo puso delante de la Marquesa.

Luego continuó:

—Premio, aumentado por mí, para recompensar el admirable paisaje copiado del natural por Alberto María Augusto de Prado y Silva.

La Marquesa puso en manos de su hijo aquel segundo premio.

El Marqués se volvió de nuevo á la mesa que tenía á su espalda y tomó de ella una estatua de Apolo, de pórfido, y de tamaño pequeño, que colocó también delante de la Marquesa.

Al ver la estatua el corazón de Alberto latió con violencia; lo que más amaba en el palacio de su padre era aquella figura, obra maestra del arte, y cuyo mérito adivinaba el sorprendente genio del niño.

El Marqués continuó:

—Premio aumentado por mí, para recompensar la linda y acabada copia del valle y pastores de Wateau, ejecutada por Francisco María Alfredo de Prado y Silva.

La marquesa puso la estatua en las manos de su hijo menor.

Pero ¡cuál no sería la sorpresa de todos al ver á éste y á su hermano primogénito arrodillarse poniendo sus premios á los pies del doliente Alberto!

—¡Hermano mío, mi querido hermano!—

exclamó Luis derramando lágrimas.—¡No quiera Dios que yo cometa nunca bajezas indignas de nuestro padre, de nuestro nombre y del ejemplo que tú me has dado! Tuyo es mi premio, pues tuyo es también el dibujo premiado, y que yo consentí en apropiarme temiendo la vergüenza de verme desairado; ahora conozco que es mejor pagar la pena de mi presunción que rebajarme con una indignidad á tus ojos.

—Yo digo lo mismo, hermano mío—añadió Francisco;—papá y D. Justo nos han dicho muchas veces que Dios todo lo sabe y que descubre á los embusteros y á los culpables: tuyo es mi premio, y ¡ojalá la alegría de poseer el Apolo que tanto deseabas te devuelva la salud!

El Marqués levantó á sus hijos y los estrechó repetidas veces contra su pecho. Luego sacó otros dos ejemplares de las obras de Fenelón, impresos y encuadernados de idéntico modo que el que se veía sobre la mesa, y dijo:

—Premio concedido á una acción grandiosa, que adjudico á Luis, Alberto y Francisco; al segundo, por su heroico desprendimiento en trabajar hasta ponerse enfermo, á fin de que sus hermanos consiguiesen una honrosa recompensa; al primero y al tercero, por su valor y hon-

radez en confesar una falta que podía quedar oculta, al menos por mucho tiempo.

La Marquesa entregó á cada uno de sus hijos un ejemplar de las obras de Fenelón, y Luis y Francisco se quedaron con sus premios, como regalo de su generoso hermano.

—Señores—dijo el Marqués—hoy pasaremos el día juntos, porque mañana marcho á Roma con mi esposa, mis hijos, D. Justo, el doctor y el capellán; el aire tibio de Italia restablecerá la quebrantada salud de mi Alberto y hará desplegar á su genio las blancas alas. Dios me dice que será un gran pintor.

La esperanza del buen padre se ha cumplido: Alberto es hoy uno de los más célebres pintores del mundo cristiano.

FIN DE LOS PREMIOS

LA PRESUMIDA

La señora de Mendoza, viuda ya desde hacía siete años, tenía una graciosa niña que contaba doce.

Virginia, que este era su nombre, era buena, aplicada, veraz; trabajaba con placer en todo cuanto se le enseñaba; cuidaba con esmero de su ropa y de sus alhajas, y por esta causa su mamá tenía gusto en vestirla con lujo y elegancia.

Sin embargo de todas sus bellas cualidades, aquella jovencita era insoportable; en ninguna casa la acogían con gusto; todos evitaban, tanto como lo permitía la buena educación, el convidarla á tomar parte en las diversiones de los niños, y cuando la invitaban era sólo por compromiso ó por atenciones á su mamá, que era una señora de amabilísimo trato y distinguido talento.

La causa de este desvío, de esta antipatía hacia Virginia, eran su excesiva vanidad y su extrema presunción; cuando se hablaba de belleza, conocíase en su semblante y en el movimiento de sus ojos que se creía la niña más hermosa del mundo; si se hablaba de elegancia, echaba una mirada de complacencia sobre su traje, extendiendo pomposamente sus pliegues; si versaba la conversación sobre instrucción y habilidades, ella hallaba medio de encomiar las muchas horas de estudio que tenía cada día, los bordados que había concluído y hasta la última pieza de música qne había compuesto.

Todo esto era, además de inconveniente, dicho con un tono de superioridad que ofendía á todos los presentes, y en particular á las niñas de su edad; pero este era cabalmente el objeto de Virginia, que gozaba rebajando á todos los que había en derredor suyo y se decía muy satisfecha:

—¡Qué humillados les han dejado mis palabras! ¡De seguro que desde hoy me miran como á un sér superior!

Pero ¡cuánto se equivocaba la pobre niña! Apenas se retiraba, se burlaban de ella, la satirizaban sin compasión y la sometían á la crítica

más mordaz; porque habéis de saber, queridos niños, que todas las personas del mundo tienen su dignidad y su amor propio, y que nadie gusta de verse rebajado, aunque sea por un sér muy superior.

Cuando una persona de verdadero mérito quiere darse aire de superioridad, se olvida aquél y se le buscan sus defectos para vengarse de lo que se juzga un insulto; ¿qué será, pues, cuando la vanidad reside en una niña, cuya educación apenas ha empezado y que no conoce nada del mundo ni de las personas?

Por esto, cuando Virginia entraba en una casa, todos los presentes se miraban, haciendo un gesto de disgusto.

—Ya está aquí la fastidiosa—decía una señora al oído de la que tenía al lado.

—Hasta el verla me incomoda—murmuraba otra.

—¡Qué aire tan petulante!

—¡Qué miradas!

—¡Parece que todos somos nada para ella!

—¡Si yo fuera su madre ya le quitaría esos humos!

Las niñas y niños no criticaban menos á la presumida.

—¡Miremos lo que hemos de hablar, porque está ahí la doctora!—decía á sus compañeras una niña de su edad.

—¡Qué ruido viene haciendo con su vestido de seda!

—¡Qué derecha y erguida va!

—¡Cualquiera diría que se almorzó un asador!

Sin embargo, tal vez el ruido del traje de Virginia era casual; quizá la extremada gallardía de su persona, alta y esbelta, era llamada *tiesura* por sus enemigas las niñas, que estaban aburridas de su vanidad y tontería.

Su mamá la reprendía muchas veces, porque veía con dolor que ella tenía la culpa de aquella aversión general, que cada día se hacía mayor, pues había corrido ya la voz de los defectos de Virginia y hablaban de ellos hasta los que no la conocían.

Un día de su santo su mamá convidó á comer, no á las amigas de Virginia, porque ésta no las tenía, sino á las niñas de las familias á quienes trataban.

—Vas á ver cómo casi todas se excusan—dijo á Virginia su mamá;—ha corrido la voz de tu altivez, de tu mal carácter, y nadie querrá venir á hacerte compañía en el día de tu santo.

—¡Qué disparate, mamá! —respondió Virginia con su aire de suficiencia.—No lo creas; ya verás cómo todas se apresuran á venir para disfrutar de nuestro convite.

—Allá veremos, pero no lo espero; nadie quiere que se le rebaje, y pensarán que el venir á pasar un día contigo ha de ser para oir la eterna letanía de los elogios que incesantemente prodigas á todo lo tuyo, y hasta á ti misma; tienes muy pocas simpatías, Virginia, y tuya es la culpa.

—¡Mía! ¡En verdad, mamá, que no te comprendo! ¿No me has dicho muchas veces que es una virtud el estar cada uno contento con su suerte?

—Es cierto; pero oye la diferencia que hay entre uno y otro: el estar cada uno contento con lo que Dios le da, es modestia, conformidad; el estimar sobradamente nuestra posición, nuestros trajes, nuestras joyas, es vanidad, es presunción, y aun esto es más disimulable cuando nuestra satisfacción se encierra en los límites de un prudente silencio; pero no cuando mortificamos á todos haciendo alarde de nuestro exagerado aprecio por todo aquello que nos pertenece. Conténtate con lo tuyo; pero no obligues

á los demás á admirarlo sobre todas las cosas.

—Desde hoy, mamá mía, te prometo ser más modesta—dijo Virginia, que había oído con atención los prudentes y cariñosos consejos de su madre.—Veo que tienes razón, porque ayer fuí á dar los días á Clotilde y me enseñó una multitud de regalitos de sus amigas, recibidos todos en el mismo día para solemnizar su cumpleaños; Marta le envió un rico acerico bordado por su mano, Sofía un cuello con sus puños correspondientes, Julieta una sortija de oro, María una elegante sombrilla y Anita un lindo pañuelo guarnecido de encaje.

—Eso es porque ella tiene las cualidades de una excelente amiga; es dulce, amable, obsequiosa, indulgente, y á su vez dedica algún rato á trabajar en alguna obrita para obsequiar á las niñas que trata. Tú, mi pobre Virginia, serás hoy cruelmente castigada por tu egoísmo; ninguna dulce memoria ha venido á alegrarte en tu día y únicamente puedes enseñar el vestido de seda celeste que yo te he regalado. Sólo el corazón de una madre es capaz de perdonar siempre; no olvides esto, hija mía, y tendrás más consideraciones para los demás.

La señora de Mendoza fué interrumpida por

la llegada de su camarera, que traia en la mano un lindo ramo de flores y una carta.

—Esto han traído para la señorita—dijo dando á Virginia ambas cosas.

Los ojos de la niña brillaron de alegría; le parecía que respiraba mejor desde que tenía en su poder aquel dulce y perfumado recuerdo; porque, á pesar de los imprudentes alardes de su indiferencia, gustaba de ser querida, como nos sucede á todos.

—¿Quién ha traído esto?—preguntó admirada la señora de Mendoza.

—Un mozo de esquina—respondió la camarera.

Virginia frunció el ceño; su vanidad le había hecho esperar que fuese el lindo ramo regalo de alguna niña de opulenta familia, y el portador un lacayo con lujosa librea.

—¿Es posible, hija mía, que así te entregues á las puerilidades de la vanidad?—exclamó la señora de Mendoza, quien, como madre y mujer de mundo, leía en el corazón de su hija.—Vamos, añadió, abre la carta y sepamos de quién es este lindo presente.

Virginia abrió el billete, que estaba escrito en letra menuda, clara é igual, y leyó lo que sigue:

«Querida amiga: Doy á usted los días de su santo, deseándole continúe siempre la felicidad de que disfruta al lado de su buena madre, y le remito, como significación de mi afectuoso recuerdo, ese humilde ramo de flores, que he cortado de las macetas que yo misma cuido; quisiera que valiese mucho más; pero usted sabe que no tengo nada que ofrecerle, pues la pobreza es enemiga hasta de los dulces afectos del corazón; si esas violetas y esas rosas alcanzan la honra de adornar hoy los hermosos cabellos de usted, se considerará muy dichosa su sincera amiga y segura servidora, Q. B. S. M.,

CARMEN TORDESILLAS.»

—¿Por qué me llama amiga esa muchacha?—exclamó Virginia con malísimo humor y arrojando sobre la chimenea el lindo y perfumado ramillete, que era humilde, pero fresco y gracioso.

—¿Y qué mal hay en ello?—dijo su madre mirándola severamente.

—¡Mamá, yo creí que una bordadora de profesión no podía ser amiga mía!

—¿Por qué razón? ¿No es una joven bien educada, hija de un médico?

—¡Pero borda para las tiendas!

—Por atender al cuidado de su madre enferma, viuda y pobre; ¿son acaso menos frescas y bellas esas flores porque vienen de la mano de una bordadora, que lo serían si viniesen de la hija de un conde?

—Pero, mamá...

—Ten por cierto, hija mía, que ese modesto regalo será el único que recibas hoy.

—¿Tal piensas?

—Y así sucederá; ahora bien, siéntate á esa mesa, toma papel y escribe convidando á Carmen á comer con nosotras.

—¡Oh, mamá!—exclamó la joven cuyo rostro se encendió como una amapola;—¡es posible que pienses en eso! ¿Qué dirán las demás niñas á quienes hemos invitado?

—Dirán cuanto quieran, pero Carmen merece esta distinción; es una niña encantadora que, á la tierna edad de trece años, reune el juicio más sólido á la más delicada dulzura y á la mejor educación; es decir, que en lo que depende de ella es un modelo de perfecciones; si es pobre, no lo es por su gusto; siéntate, pues, y escribe lo que yo te diga.

Virginia calló y obedeció á su madre; pero

sus cejas contraídas y el color encendido de su rostro demostraban hasta la evidencia el mal humor que sufría; por fin escribió, dictándole su madre, el siguiente billete:

«Mi querida amiga: Acabo de recibir el lindo ramillete que ha tenido la bondad de enviarme y que estimo en tanto más cuanto que sus flores han sido cultivadas por usted.

»Para que juzgue del efecto que hacen en mis cabellos sus rosas y sus violetas, le suplico se sirva acompañarnos á comer á mi mamá y á mí; estaremos solas.»

—¡Solas, mamá!—exclamó Virginia deteniéndose;—pues ¿y los diez y seis billetes de convite que hemos enviado?

—Estaremos solas—repitió la señora de Mendoza;—ponlo así.

—Ya está—dijo Virginia estampando en el papel aquella frase tan dura para ella.

—Termina la carta con las fórmulas de costumbre y ciérrala.

«Mi mamá—continuó escribiendo la niña—saluda á V. y á la suya, y yo me ofrezco su amiga.

VIRGINIA DE MENDOZA.»

—Aquí te falta añadir á la palabra *amiga* la frase *y segura servidora que besa sus manos*—dijo la señora de Mendoza devolviendo la carta á su hija.

—¡Pero, Dios mío! ¡He de poner yo eso á una bordadora!—exclamó Virginia casi llorando de impaciencia.

—Ella lo ha puesto en su billete.

—¡Pero ella no es igual á mí!

—¡Seguramente! Te es muy superior en todo: vamos, no puedes dispensarte de añadir esa fórmula de buena educación.

Virginia tomó suspirando la carta y escribió llorando las seis letras mayúsculas que formaban aquel cumplido tan amargo para ella.

¡Virginia de Mendoza, la rica, la bella, la encantadora é incomparable Virginia, confesarse servidora y besar las manos de una joven que bordaba por oficio! ¡Oh! ¡Había para morirse de pena!

Tal pensaba, al menos, nuestra jovencita, mientras su madre entregaba á un lacayo el billete para Carmen.

—Reserva el vestido azul para la noche, hija mía—dijo á Virginia su madre—y para recibir y comer ponte el de muselina de lunarcitos:

hay que tener consideración á la pobreza de tu convidada; y á la noche podrás lucir el nuevo en nuestro palco, al cual acudirá no poca gente á cumplimentarte.

—Yo no te comprendo, mamá—dijo Virginia;—¿no dices que hoy no vendrá nadie á pasar el día con nosotras?

—Nadie más que Carmen.

—¿Y que esta noche irá gente á nuestro palco para cumplimentarme?

—Ciertamente.

—¿No se han llevado, pues, á sus destinos los billetes de invitación?

—Todos.

—Entonces...

—Las que se llaman tus amigas no querrán sufrirte todo el día, porque no tienen placer en comer contigo; pero tendrán placer en ver la representación y la concurrencia del teatro é irán á él; además desearán ver el traje que te he regalado hoy, aunque no sea más que para criticarlo, y la curiosidad las llevará allá.

Virginia quedó pensativa, y su madre la dejó sola con sus reflexiones, saliendo á dar algunas órdenes.

A las doce quedó terminado el tocador de la

joven, bajo la presidencia de su madre, que había resuelto que empezase, desde aquel día, la enmienda de Virginia.

Esta llevaba un sencillo traje de muselina blanca, con lunares muy pequeños; en sus cabellos, peinados lisos, no había más adorno que dos rosas y algunas violetas de las del ramillete de Carmen; el ramo, aunque un poco más pequeño, se volvió á arreglar cuidadosamente y se puso en una copa de porcelana llena de agua.

A las dos llegó Carmen acompañada de su madre, que era una señora de aspecto débil y enfermizo; saludó afectuosamente á la señora de Mendoza y á Virginia, á las que dió gracias por la deferencia que habían tenido con su hija convidándola á comer; y después de un rato de conversación, se despidió encargando que no le enviasen demasiado tarde á su Carmen, pues le hacía suma falta para que la ayudase á acostar, á causa de la parálisis que padecía en el lado derecho.

La madre de Virginia la despidió afectuosamente, pesarosa de no poder convidarla á comer; mas para su plan de aquel día no le era posible tener testigos.

La orgullosa Virginia recibió con mucha frial-

dad á su convidada; era ésta una jovencita de trece años, de rostro muy bonito é interesante, de maneras dulces y modestas y porte distinguido; llevaba un traje usado de seda, pero bien arregado á su talle flexible y elegante; sus cabellos rubios y abundantes estaban peinados con mucha gracia.

Toda la frialdad de Virginia no bastó para cortar á Carmen y hacerla ruborizar de su humilde traje; ésta trataba á aquélla como á su igual, porque efectivamente lo era; hija de un médico de la armada, había perdido á su padre tres años antes; es decir, cuando más falta le hacía para su educación; pero su buen natural había suplido en parte esta irreparable falta, y lo que estaba aprendiendo como un adorno llegó á ser un precioso recurso para su madre y para ella.

El día se pasó, efectivamente, sin que las amigas de Virginia fuesen á felicitarla ni á disfrutar de su convite para comer; ya cerca de la hora de sentarse á la mesa se recibieron varias cartas que entró la camarera, y que la señora de Mendoza fué abriendo sucesivamente.

La primera decía así:

«Mi querida amiga: Agradezco en el alma el

convite de usted; pero he sido atacada ayer de un fuerte constipado y la tos no me deja un instante de reposo.

»Es para mí una verdadera desgracia el verme privada de su grata compañía en el día de hoy, y crea que lo siente en el alma su buena amiga

CLOTILDE.»

—Veamos otra—dijo la señora de Mendoza dando aquella carta á su hija y tomando la que le seguía, concebida en estos términos:

«Mi amada Virginia: Una torcedura en un pie me impide disfrutar hoy de su amable invitación; esté usted segura de que lo siente con todo su corazón su buena y sincera amiga

SOFÍA.»

Todos los demás billetes decían lo mismo poco más ó menos; una niña se excusaba, á imitación de Clotilde y Sofía, con que tenía jaqueca; otra con un fuerte dolor de estómago, y todas, en fin, enviaron sus disculpas, acompañadas de una tarjeta de cumplimiento.

¡Qué vergüenza para Virginia! Cuando acabó de leer todas las cartas dos gruesas lágrimas

corrían por sus mejillas, encendidas con el fuego del rubor y la indignación.

Su madre, compadecida de su pena, la llevó cerca del balcón y la abrazó enjugando sus lágrimas.

—Vamos, valor, querida mía—le dijo.—Yo sabía que esta prueba sería dura para ti, mas espero que te curará.

—¡Ah!—exclamó Virginia.—¡Jamás volveré á saludar á ninguna de esas groseras!

—Y harás muy mal—repuso su madre;—no es este el medio de que recobres el afecto que, á decir verdad, has perdido por tu causa; para ser amados, hija mía, necesitamos ser amables, y es en vano que pensemos castigar los desprecios que se nos hagan con otros desprecios mayores. Virginia, sólo una madre lo disimula todo y perdona siempre; los demás, que no están sujetos á los santos afectos del corazón, los dan únicamente á quien sabe conquistarlos. Vamos, valor, pobre hija mía, y créeme, porque yo soy la única persona que no puede engañarte; vuelve al lado de Carmen, trátala como á tu mejor, ó más bien, como á tu única amiga, pues que ella te ama, y acabemos de pasar este día de pruebas y decepciones.

Hablando así, aquella noble madre llevó á su hija al lado de la joven bordadora, que se entretenía hojeando un álbum. Virginia se sentó á su lado con rostro afable, y como en bellas artes era verdaderamente instruída é inteligente, explicó con placer á su amiga todos los países de donde estaban tomadas las vistas; luego, para divertirla, tocó en el piano una linda sonata, y por último, le enseñó varias cajas de juguetes y dulces que tenía en su gabinete de recreo, regalándole una de cada clase, de las que pensó podrían haberle gustado más.

La infancia es expansiva, y Virginia y Carmen pertenecían aún á esa dichosa edad; bien pronto un sincero sentimiento de afecto y simpatía las identificó; visitaron juntas la pajarera, el jardín y el palomar, y entretenidas con estas distracciones y con un rato de agradable conversación, llegó la hora de comer.

Virginia olvidó, durante la mesa, el desaire que había recibido, y como realmente era una niña de exquisita educación y muy distinguida en sus maneras, hizo admirablemente los honores á su convidada.

Poco después de tomar café, Carmen manifestó que deseaba retirarse para acompañar á su

mamá, y se despidió de Virginia y de la señora de Mendoza.

Aquélla la acompañó amablemente hasta la escalera y la abrazó, dejando convenido que en adelante se llamarían de tú, como dos buenas amigas que eran ya.

—Ahora, hija mía, ponte el vestido celeste y tu corona de jazmines y vámonos al teatro—dijo á Virginia su mamá;—quizá veas en él á alguna de las que no han podido venir á comer con nosotros á causa de su enfermedad; pero ten cuidado de no ponerles mal semblante; no hay mejor castigo de la grosería que una amable indiferencia, pues demuestra á los que la han cometido que no nos han podido humillar.

Virginia se vistió con el traje regalado por su madre, y estaba, al presentarse en el teatro, en extremo linda; en la mano llevaba el ramillete presente de Carmen, y único obsequio que había recibido aquel día.

Así que se sentaron en el palco, Virginia tendió sus ojos por toda la extensión del teatro, y el subido carmín, que volvió á cubrir sus mejillas, dijo á su madre que sus presentimientos se habían realizado.

En efecto, en otros palcos, y algunas en las

butacas, estaban todas las niñas invitadas por Virginia á comer, y que ni siquiera se habían tomado la pena de ir á visitarla.

—¡Oh, eso es el colmo del descaro!—exclamó aquélla.—¿No sabían que yo había de venir aquí?

—Cuando no hay afecto hacia una persona, muy poco importa disgustarla—respondió su madre;—más bien han pensado en mortificarte con su desprecio que en que tú, á tu vez, podías despreciarlas por groseras; pero salúdalas á todas con más amabilidad aún que de costumbre.

Virginia siguió las advertencias de su mamá; al primer entreacto entraron á verla tres de las supuestas enfermas.

—¡Estás elegantísima esta noche!—dijo á Virginia la burlona Julieta para obligarla á que se envaneciera y para ponerla en ridículo.

—No tal—repuso aquélla con dulzura;—mi vestido es muy sencillo y de poco precio; aunque, en verdad, yo lo estimo mucho por ser regalo de mi querida mamá.

—¡Tu prendido es precioso!—exclamó otra de las niñas llamada Mercedes.

—Es que tú le favoreces; me parece mucho más elegante el tuyo de rosas.

Las dos burloncillas se mordieron los labios; estaban derrotadas.

—Tienes en la mano un lindo y fresco ramillete—añadió la tercera.

—Te lo ofrecería—repuso Virginia—aunque es muy humilde, pero lo tengo también en gran aprecio, porque es regalo de mi mejor amiga.

—¡De tu mejor amiga!

—Sí. ¿Pensáis que yo no tengo amigas también? Me lo ha regalado una joven que es bordadora, y que hoy ha tenido la bondad de acompañarnos á la mesa á mamá y á mí.

Las tres niñas se volvieron á sus sitios maravilladas de la metamorfosis de la vanidosa, de la petulante Virginia, que había dicho que su vestido era de poco coste, que era más elegante que el suyo el prendido de Mercedes y que tenía por amiga á una bordadora.

Cuando se hallaron en casa, de vuelta del teatro, la señora de Mendoza y su hija, dijo ésta á su mamá:

—Me parece que soy dichosa desde que puedo decir: ¡tengo una amiga!

—Lo creo—repuso su madre;—los helados goces de la vanidad jamás han compensado los afectos del corazón.

Al acostarse Virginia aquella noche sintió que su cabeza estaba pesada y su garganta seca; pero por no asustar á su madre no quiso decirle nada; al día siguiente trató de levantarse, mas en vano; su frente ardía; una fuerte calentura la había postrado, y apenas oía en medio de su aletargamiento lo que pasaba en derredor suyo.

Su madre, llena de angustia, envió á buscar á un médico, que la tranquilizó, diciéndole que Virginia tenía viruelas, pero de una especie muy benigna.

Apenas había salido el doctor entró Carmen á ver á su amiga; la doncella le había dicho desde el balcón, pues eran vecinas, la enfermedad de Virginia, y venía á acompañarla.

—¡Ay, hija mía—exclamó la señora de Mendoza—ruego á usted que se retire, porque Virginia tiene viruelas!

—¡Retirarme, señora! ¿Y por qué?

—Porque podría usted contagiarse de la misma enfermedad.

—¿Y por ese temor había yo de dejar de consolar á usted y de consolar á mi amiga? ¿Cree usted que yo sé querer á medias? No me separaré, si usted me lo permite, de la alcoba de Vir-

ginia; ese es mi deber, y además el deseo de mi corazón; aquí traeré mi bordado y trabajaré junto á su cabecera.

Juzgad, mis amados niños, de la gratitud con que oiría hablar así á Carmen la señora de Mendoza; abrazóla, llenándola de caricias, y le dijo que, pues deseaba acompañar á su hija, no tendría que trabajar, y que ella se encargaba del cuidado de su madre.

—Permítame usted, señora, que rehuse para mi buena mamá los socorros de usted—repuso Carmen con dignidad —Yo los estimo en lo mucho que valen; pero me sería muy sensible que debiese su subsistencia á otra persona que á mí.

La señora de Mendoza no quiso insistir, porque sabía que hay muchos medios de socorrer la desgracia á pesar de todo, y Carmen fué á su casa á buscar su labor y á pedir permiso á su madre para cuidar á su amiga.

Este le fué concedido con la mejor voluntad, y la amable niña se instaló á la cabecera del lecho de Virginia, á la que prodigó toda clase de atenciones.

Ella le daba de beber, procuraba que estuviera arropada, y cuando la dejaba libre la calen-

tura, la entretenía con su conversación amena y variada.

Fácil es de comprender que el bordado adelantaría muy poco con estos cuidados; pero la señora de Mendoza halló un medio de que la mamá de Carmen aceptase una crecida suma.

Ninguna de las amigas de Virginia fué á verla ni una sola vez; uníase, para que así sucediese, el poco ó ningún afecto que les inspiraba al temor del contagio de su enfermedad, y sólo Carmen y su buena madre ayudaron á la señora de Mendoza en la asistencia de su hija.

Un mes duró la enfermedad de Virginia; al cabo de este tiempo dejó el lecho, no sólo curada de las viruelas, sino también de sus muchos defectos; comprendió, por fin, que sólo la dulzura y la tolerancia nos pueden hacer estimables, y que es necesario, para que nos perdonen nuestras faltas, tener indulgencia para las de los demás; supo que no hay persona alguna insignificante en el mundo, y que la más pobre y oscura es tan excelente para amiga como temible y perjudicial para contraria.

Virginia, penetrada de gratitud por la generosa conducta de Carmen, que había despreciado todo peligro para asistirla en su enfermedad,

le profesó siempre el más tierno cariño, y cuando se casó, aquélla la dotó generosamente.

Virginia no vivió siempre tan aislada como al principio de esta historia; todas sus anteriores detractoras tuvieron que convenir en su enmienda al ver que, de presumida, vanidosa y altanera, se había convertido en dulce y modesta, que respetaba la dignidad de todos y que cuidaba de no humillar á nadie con sus alardes de grandeza y de lujo.

Ya no pasó sola más días de su santo; las niñas de las señoras amigas de su mamá se hicieron verdaderas amigas suyas, y la obsequiaban todos los años con esos mil regalitos que valen poco, pero que tanto significan; sin embargo, cada día de su santo se iba con Carmen á su cuarto, descubría una cestita de plata cubierta con un tul, y mostrándole un ramillete seco, la abrazaba con la más tierna efusión de cariño y gratitud.

FIN DE LA PRESUMIDA

LOS DOS ROSALES

Valentina é Isabel se amaban tiernamente cuando sólo tenían cinco ó seis años de edad; pero el transcurso del tiempo, desarrollando sus inclinaciones del todo diferentes, las fué separando, y una leve frialdad sustituyó al cariño con amargo pesar de la madre de ambas, la señora de Padilla, viuda y de salud delicada á causa de las repetidas penas que habían combatido su vida.

Su esposo, que fué militar, había perecido en campaña; y una corta pensión, acompañada de mil pesares, era todo cuanto había podido dejar á su viuda, muy joven aún, muy bella, y que hubiera podido volverse á casar muy ventajosamente á no impedírselo el apasionado amor que profesaba á sus dos niñas, que entonces sólo contaban tres y cuatro años.

Valentina é Isabel eran en extremo lindas, sobre todo la segunda, cuyo rostro y talle ofrecían un modelo acabado de perfección á la edad de diez años; su hermana, mucho más delgada, era morenita y pálida, de grandes ojos llenos de viveza y espesa cabellera oscura.

Valentina contaba un año más que Isabel: era activa, aseada, incansable en sus labores; se levantaba en todo tiempo muy temprano, se peinaba ella sola, ayudaba á una anciana criada que tenían en el arreglo de la casa, y luego se sentaba á bordar ó coser con tanto afán como primor.

Isabel, por el contrario, se levantaba á las diez, después de dar lugar á que se la llamara ocho ó diez veces, y apenas se vestía se sentaba en una silla y se estaba bostezando media hora; luego empleaba otras dos en peinarse, y, por último, tardaba en cada comida doble tiempo que su mamá y su hermana.

Jamás se logró que supiese una sola de sus lecciones ni que por su propia inspiración emprendiese el más leve trabajo; todo su placer consistía en no hacer nada; la molestaba hasta el andar, y no pocas veces hubo que despertarla, porque se había acostado vestida por no to-

marse el trabajo de desnudarse antes de entregarse al sueño.

En una palabra, el defecto capital de Isabel era la indolencia, pero una indolencia que era el azote de todas sus buenas disposiciones, la sombra de todas sus recomendables cualidades, porque Isabel era caritativa, obediente y sincera.

Pero si la invencible pereza que la dominaba constituía su único defecto, éste valía en cambio por otros muchos, pues la hacía objeto de odio para todos los que se le aproximaban: sus amigas le tenían asco porque siempre llevaba las orejas llenas de pomada, porque jamás se lavaba las manos y porque su lindo cuello estaba, tan lastimosamente ennegrecido por su incuria, que había perdido toda la gracia y suavidad de sus contornos.

Sus vestidos destrozados y manchados de tinta, su calzado torcido y sucio, su cabello desgreñado y grasiento, daban á Isabel el aspecto más desagradable del mundo.

Su madre procuraba que los trajes de más valor que podía comprar fuesen para ella, reservando los más baratos y sencillos para su hermana, cuya natural elegancia realzaba el más

humilde atavío; pero de nada servía esta precaución materna, injusta por otra parte, pues la pobre Valentina llevaba siempre lo peor, para que su hermana echase á perder lo más costoso.

Sin embargo, Valentina, respetando los pesares de su madre, no se quejaba nunca, aunque era la primera en deplorar la indolencia de su hermana.

Había en la misma ciudad en que vivían la señora de Padilla y sus hijas una señora anciana, solterona y de costumbres muy raras; todos conocían á doña Nemesia y todos sabían sus excentricidades.

Decían, por ejemplo, que se estaba en la cama hasta las tres de la tarde en todas las estaciones; pero que en su lecho, y vestida con una especie de capa con mangas de seda, leía, rezaba y hacía calceta; cuando se levantaba, su camarera, que era tan vieja como ella, le ponía un rico traje, un pañolón con ramos de flores y una enorme papalina, rodeada de un velo de crespón negro, que le daba un aspecto muy original.

Doña Nemesia era muy astuta y vivía sola con dos criados ancianos, un cocinero y su ca-

marera, porque decía que los amigos no sirven para nada más que para dar malos ratos; su confesor, única persona á quien trataba, recibía de ella cada domingo una suma crecida para socorrer á los pobres de la parroquia; pero jamás quería saber sus miserias, porque decía que esto la afligía, y que ya hacía bastante con dar limosna, sin imponerse mortificaciones voluntarias y que á nada conducían.

Todo el afecto, toda la ternura de que era capaz su corazón estaban concentrados en un perro dogo color de café y leche, con el hocico y los ojos negros, que se llamaba *Caballero*.

El tal perro era horrible; apenas podía andar de gordo, lo que era muy extraño á causa de su mal carácter; enseñaba todos los días sus agudos dientes, no sólo al aguador y á la lavandera, sino también á cuantas personas pasaban por debajo del balcón cuando se hallaba sentado én él, tomando el fresco en las tardes del verano.

La señora de Padilla, que cada día sufría mayor escasez en sus pocos haberes, hubo de cambiar su casa por otra de menos precio, y fué á ocupar un cuartito enfrente de la de doña Nemesia, que le costaba muy barato por estar situado en una de las calles más solitarias.

El cuarto de la señora de Padilla tenía sólo dos ventanas; la una pertenecía á una salita que ella ocupaba, la otra á un aposento más pequeño, en el cual dormían las dos niñas.

Apenas instaladas en su nueva casa la viuda y sus dos hijas, doña Nemesia envió un recado con su anciana camarera, diciendo á la señora de Padilla que sus achaques no le permitían ir á visitarla, pero que podía disponer de su amistad como vecina, y que tendría mucho gusto en que le llevase á las niñas.

En efecto, dos ó tres días después la señora de Padilla, que había oído contar muchas ridiculeces de la solterona, pero cuyo carácter era reconciliador y bueno, fué á verla con sus hijas.

Aquélla examinó á las tres con curiosidad, les hizo mil preguntas, algunas de ellas bastante indiscretas, y reprendió agriamente á Isabel por la incuria de su traje, ni más ni menos que si hiciera mucho tiempo que la trataba; la niña se encogió de hombros con desdén, se rió en las narices de la vieja de sus reprensiones, y para vengarse dió al salir un fuerte puntapié á *Caballero*, que se refugió aullando junto á su ama, la cual hizo, quizá por la primera vez de su

vida, tratándose de su perro, como que no reparaba en ello.

Pocos días después volvieron la madre y las dos hijas á ver á la anciana, que estaba todavía en la cama y leyendo en su libro de devociones. A la puerta de la alcoba había dos macetas de loza verde, que contenían dos rosalitos muy pequeños.

—Niñas—dijo doña Nemesia—os he comprado esos dos rosales para que los cuidéis; es un regalo que os hago.

Isabel hizo un gesto de desagrado; le era muy poco grato un regalo de aquella clase; el rostro de Valentina, por el contrario, expresó una viva alegría, pues siempre había amado las flores con pasión.

—Ya veo que tuerces el gesto, niña—dijo doña Nemesia, que veía muy bien con sus ojillos grises hundidos—y que no te gusta el rosal.

—¡Señora—respondió Isabel con acritud, pues aborrecía á la anciana—usted todo lo quiere saber y todo le parece que lo entiende!

—¡Oh, es que yo te conozco ya mejor que tu madre!

—¡Enhorabuena! Pero yo no he desplegado los labios para decir una palahra, y lo que

usted cree no pasa de ser una figuración suya.

—¿Fué figuración mía también el puntapié que diste el otro día á mi perro?

—Es que él quería morderme.

—Yo sabía, porque te advierto que yo todo lo sé, que eras perezosa y hasta sucia; pero desde hoy sé además que te van adornando nuevos vicios.

—¿Y cuáles son esos vicios?—preguntó Isabel con acento provocador, pero con las mejillas encarnadas y con los ojos llenos de lágrimas de vergüenza y de ira.

—El de mentir y el de ser insolente.

—Y usted el de...

—¡Basta!—interrumpió á su hija la señora de Padilla.—Ten presente, Isabel, que los mayores merecen respeto.

—¿Porque esta señora sea mayor que yo ha de tener derecho á insultarme?—prorrumpió la niña con voz sofocada por el llanto.

—Vaya, vaya, amiga mía, lleve usted á esa insolentilla á su casa y dele usted un vaso de agua fría—dijo doña Nemesia con risa socarrona y que exasperó á Isabel hasta el último grado.

La señora de Padilla, culpando un poco en su interior la animadversión que la anciana pare-

cia tener hacia su hija menor, se levantó, en efecto, para retirarse.

—Estamos en Marzo—dijo doña Nemesía;—el 2 de Mayo es mi cumpleaños: la que de vosotras me presente el rosal con más rosas abiertas comerá aquel día conmigo.

—¡Vaya una recompensa!—murmuró Isabel con desprecio.

—Con que lo dicho—añadió doña Nemesia;—los rosalitos están recién plantados, y necesitan un cuidado incesante; si no se les riega cada dos ó tres días y se les remueve la tierra no darán rosas.

Valentina prometió cuidarle; Isabel salió sin despedirse de la anciana.

—¿Vas amoscada, eh?—le gritó ésta con voz agria y chillona;—pues, hija, peor para ti; no tendrás rosas para el mes de Mayo, ni comerás conmigo.

—¡Mejor, vieja cócora!—murmuró Isabel saliendo con ira de la habitación.

Caballero la siguió gruñendo y enseñándole los dientes, porque participaba de la prevención de su ama contra Isabel.

Cuando las niñas llegaron á su casa, su mamá reprendió á aquélla fuertemente.

—Has faltado mucho á esa anciana—le dijo —y yo, que sólo te creía perezosa, y que ya era con esta creencia sobrado desgraciada, veo hoy que, como ella ha dicho, tienes también la falta de ser insolente.

—¿Pero no fué ella la que empezó á insultarme, mamá?

—Esa no es una razón para que tú la insultaras á tu vez; ella vió que recibías su regalo con desdén, y es natural que se incomodara contigo.

—¡Bello regalo por cierto!

—Debemos agradecer todo lo que se nos da; la más leve expresión significa un recuerdo, y como este recuerdo es voluntario, demuestra afecto y bondad de corazón.

—Ella me dió el rosal por el gusto de que me incomodara cuidándole.

—¿Se lo daría con el mismo objeto á tu hermana?

—Yo no lo sé—dijo Valentina;—lo que sí puedo asegurar es que lo he recibido con el mayor placer, y que lo cuidaré con cuanto esmero pueda.

—Ya lo oyes—dijo su madre;—ya oyes á tu hermana; ella, hija mía, se hará amar de

todos y será dichosa, en tanto que tú serás siempre infeliz y desgraciada.

—Pero, mamá—repuso Isabel—todos los caracteres no son iguales; á mi hermana le gustan las flores y á mí no; ¿qué culpa tengo yo de eso?

—Todas las niñas aman las flores, y si tú las miras con prevención es porque, ora se hallen cortadas y formando ramillete en un vaso, ora estén en una maceta, es preciso cuidarlas; pero aun dado el caso de que no te gustasen, debías aparentar lo contrario, al menos por un deber de gratitud, de complacencia y hasta de buena educación; yo te lo prevengo, Isabel—añadió su madre con un suspiro;—si no enmiendas tu carácter egoísta y displicente vas á ser muy infeliz.

Al acabar de pronunciar estas palabras llamaron á la puerta, y poco después entró un criado de doña Nemesia trayendo los dos rosales. Valentina, con el tono amable que le era habitual, le rogó que los colocase en la ventana de su cuarto, y se acostó pensando en madrugar para regar el rosalito.

En efecto, al día siguiente se levantó á las siete, y su primer cuidado fué abrir la ventana;

ambos rosales estaban plantados de pocos días, según había dicho doña Nemesia; eran dos varitas, en las cuales apenas empezaban á brotar algunas hojas.

Valentina regó el suyo y luego fué al lecho de su hermana.

—¿No te levantas?—le djio moviéndola suavemente.

—No; tengo sueño—respondió Isabel volviéndose del otro lado.

—¿Y el rosal?

—¿Qué me importa á mí de él?

—¿No le quieres cuidar?

—No pienso incomodarme en eso ni un solo día.

—¿Quieres que le cuide yo?

—Haz lo que gustes.

Valentina volvió á abrir la ventana y regó el rosal de su hermana con el mismo cuidado que el suyo.

Por su parte, Isabel, cuando se levantó del lecho, ni pensó en su maceta ni en todo el día la recordó siquiera.

Así pasaron algunos otros, y doña Nemesia tenía fijos en la ventana de las niñas los ojos de su camarera, para saber, sin ningún género

de duda, quién cuidaba del rosal y quién no.

Cada vez que su vetusta sirvienta le participaba que Valentina regaba los dos rosales, se sonreía con aire de inteligencia, como diciendo:

—Eso ya lo sabía yo.

Cinco ó seis días pasaron así, hasta que una mañana le pareció á Valentina que la tierra de los rosales necesitaba, no sólo ser regada, sino también removida; fué, pues, á buscar un cuchillo viejo y de punta afilada, y ahuecó con el mayor cuidado la tierra del rosal de su hermana.

En seguida pasó á hacer lo mismo con el suyo. Al clavar en él el cuchillo, la oscura tierra saltó en pedazos como gozosa de que la hicieran perder su inmovilidad. Valentina socavaba con delicadeza, y ya iba á terminar su tarea, cuando la punta del cuchillo tropezó con un objeto duro y extraño.

Valentina creyó al pronto que sería una piedrecilla; pero luego que volvió á tocar dos ó tres veces se convenció de que aquel obstáculo tenía más volumen del que había pensado.

Curiosa por saber lo que era, lo desenvolvió poco á poco y sacó de entre la húmeda tierra

una bolsita de tela impermeable, cuidadosamente cerrada por unos cordones de seda.

Valentina la abrió con presteza, y ¡cuál fué su sorpresa al ver su contenido!

Un rico collar de gruesas perlas, cerrado con un broche de oro, salió del saquito y se suspendió de los afilados dedos de la niña; ésta, absorta, quedó por algunos momentos inmóvil, contemplando la espléndida joya; pero vuelta en sí de su asombro, echó á correr en busca de su madre dando gritos de alegría.

—Es una suntuosa alhaja—dijo la señora de Padilla:—pero ahora mismo, hija mía, es forzoso que vayamos á dar parte á doña Nemesia de tu hallazgo; ella dió sólo una maceta con un rosal, y ese collar es suyo.

En efecto, madre é hija se dispusieron á pasar á casa de su vecina, é Isabel, que hacía más de hora y media que se estaba vistiendo para levantarse con la lentitud que le era habitual, y que había sentido no poca envidia con el hallazgo de su hermana, quiso también acompañarlas.

Eran cerca de las once de la mañana y doña Nemesia estaba aún en el lecho, vestida con su capa de seda y adornada con su papalina de tul y su velo de crespón.

—Señora—dijo la madre de Valentina—mi hija, removiendo esta mañana la tierra de la maceta que usted ha tenido la bondad de regalarle, se ha encontrado esta rica joya, que yo, con ella, vengo á poner en manos de usted.

—¿Cuál de sus dos hijas de usted ha sido?—preguntó doña Nemesia.

—Valentina—respondió la señora de Padilla.

—Ya me presumía yo que sería ésta—repuso la anciana con su burlona sonrisa.

—¿Y en cuál de las dos macetas se lo encontró?

—En la mía—contestó modestamente Valentina.

—Es decir, hija mía, en la que has puesto á la derecha de la ventana y llamas tuya, ¿no es verdad? porque yo, desde esta cama, te veo cuidar las dos.

—Isabel también cuida la suya—murmuró Valentina.

—El mentir es una grave falta, y más el mentir sin necesidad—repuso gravemente la anciana;—no lo hagas más, y ahora volvamos al collar; yo, queridas mías, os di dos macetas con lo que contenían; ignoraba la existencia de esa rica joya en una de ellas; mas toda vez que

Valentina se la ha encontrado, tanto mejor para ella; el collar es suyo.

—¡Pero, señora!—exclamó la madre de las niñas.

—Nada, nada, lo dicho; ese collar es de Valentina; no hay que tener cuidado que, por mullir la cama á su rosal, se halle otro Isabel.

La señora de Padilla, aunque dolorosamente afectada por ver la mortificación de su hija menor, no pudo menos de agradecer á aquella extraordinaria anciana tan rica dádiva; pero ésta interrumpió sus palabras diciéndole con bastante aspereza:

—Bien, bien: no admito gracias; yo no tenía noticia alguna de ese collar, que, dicho sea de paso, vale muy bien 2.000 duros: pero Valentina se lo ha encontrado y, por lo tanto, á ella le pertenece.

Madre é hijas se volvieron á su casa.

—¡No sé cómo no te mueres de pena al ver lo que te sucede!—dijo aquélla á Isabel:—¿no te avergüenza el mal concepto en que te tiene esa señora?

—¿Porque no mimo y revuelvo la maceta? Bueno, por eso no quedará. Desde hoy imitaré á mi hermana.

—Bien, pero ahora ya no es el móvil de tu cuidado el deseo de complacer á doña Nemesia, sino el afán de ver si hallas otro collar.

Isabel se ruborizó oyendo las palabras de su madre, que, como todas las madres, sabía leer en el corazón de sus hijas; efectivamente, había cruzado por su imaginación el pensamiento de que quizá habría en la otra maceta un collar igual.

Tomó, pues, el cuchillo, y se puso á remover la tierra de su rosal, que estaba menos adelantado que el de su hermana, pues ésta atendía, como era muy justo, con preferencia al suyo.

Bien pronto una expresión de júbilo animó sus ojos: había tropezado con un objeto extraño, que se apresuró á desenvolver.

Mas ¡oh cielo! sacado á la superficie con todo el cuidado posible, se halló con una piedra, grande y dura como su desengaño.

Irritada Isabel, removió con furor la tierra en todas direcciones; pero nada consiguió más que dejar muy mal parada, con sus estrujones, la débil y tierna varita del rosal.

Dos ó tres pimpollitos verdes, de esos que brotan pequeños y tiernos para desplegarse después en hermosas hojas, fueron cortados, ó arranca-

dos más bien, en uno de sus iracundos movimientos.

Llorosa y confundida permanecía aún delante de la piedra que había arrojado con ira en el alféizar de la ventana, cuando entró su madre en el aposento.

—Dios ha castigado tu envidia y tu egoísmo—le dijo severamente;—no has conseguido otra cosa con tus esfuerzos que lastimar el rosal, que seguramente morirá sin dar hojas siquiera; tu hermana quería cuidarlo únicamente, y su trabajo y su buena fe fueron recompensados con una hermosa joya; tú has querido sólo hallar otra alhaja, y has hecho al rosal un daño quizá irremediable.

—¿Qué me importa?—exclamó Isabel llorando de ira;—esa vieja ridícula y loca se conoce que me ha tomado por juguete suyo.

—No lo creo yo así en verdad—respondió su madre;—es una señora retirada del mundo y algo excéntrica, pero nada tiene de loca ni de ridícula; ¿quién sabe si ella desea corregirte de tus defectos y remediar la escasez de nuestra fortuna? ¿Quién sabe si su caridad toma las formas de una diversión para no ofender nuestra delicadeza? No es justo zaherir á quien no nos

hace daño, y doña Nemesia, hija mía, sólo desea tu bien.

Algunos días después de esta conversación el rosal de Valentina había desplegado ya cuatro hojitas, muy pequeñas, sí, pero que prometían crecer rápidamente merced al incansable cuidado de su joven ama.

Ésta le colocaba siempre donde le diesen los primeros rayos del sol; después le ponía junto á una de las paredes del gabinete, para que aprovechase los últimos, que ya no alcanzaban á la ventana; le regaba con el mayor cuidado, y se pasaba largas horas contemplándole cruzada de brazos en el antepecho.

Valentina era dichosa con su rosal, y trabajaba más aprisa para que le quedase un ratito, á fin de estar junto á él.

Entre tanto, la pereza de su hermana, su dejadez, su desaseo crecían de día en día, aumentando el disgusto de su buena mamá, que no podía ver con indiferencia las faltas de Isabel.

No obstante, aquella niña distaba mucho de ser perversa; al comparar la pobre varita de su rosal, mustia, amarillenta y desnuda de hojas, con la de su hermana, que ya se cubría de verdor, su corazón se entristecía; pero ni por un

solo instante se le ocurrió la idea de causar daño á aquella hermosa planta, que crecía como insultando la mortal languidez de la suya.

—Aun pudiera revivir tu rosal—le decía un día Valentina viendo con pena á Isabel mirar las dos macetas tan diferentes entre sí.

La indolente meció con desaliento la cabeza.

—Falta un mes—continuó Valentina—y en esta hermosa y templada estación un mes es mucho. ¿Por qué no le riegas y le ahuecas la tierra en derredor?

—¿Y para qué?

—Quizá llegarás á verle verde y lozano; ¿es posible que te hayas desanimado tan pronto?

—Si no es que me desanimo; pero ¿qué ventaja ó qué perjuicio nos puede traer el que presentemos flores abiertas el día de su cumpleaños á esa vieja, ó le presentemos los rosales secos?

—No digo, hermana mía, que medie en eso ningún interés real y verdadero; ¿pero no hallas gusto en complacer á los demás?

—Cuando esto ha de costarme algún trabajo, no.

—¡Ah, hermana mía, te compadezco pues—exclamó Valentina tomando su cuchillo para ahuecar la tierra en torno del rosal.

Luego que hubo concluído esta operación con el suyo, quiso practicarla con el de su hermana.

—Voy á ver—dijo—si consigo mejorar esta pobre planta, porque me da pena verla así. ¡Qué tierra tan seca! ¡Ah, mira, mira el mío, cómo parece que se hermosea con mis cuidados! ¡Cualquiera diría que se envanece con el agua y con que yo haya mullido su lecho de tierra! Isabel, las plantas sienten también y se engalanan para complacer á quien las ama y las cuida.

Mientras hablaba así, la encantadora Valentina removía en derredor del rosal la tierra con la punta del cuchillo, mientras Isabel, respaldada con indolencia en una silla, mecía las piernas mirando á su hermana.

Un movimiento de sorpresa de ésta la hizo levantarse apresurada.

—¿Qué es?—preguntó ansiosamente.

—¡Dios mío!... ¡Me parece que noto aquí debajo del cuchillo algo duro!... ¡Sí, sí!... ¡Como la otra vez!...

Y Valentina, asombrada, apartó la menuda tierra y sacó de la maceta de su hermana una bolsita de tela impermeable, del todo igual á la que había hallado en la suya.

—¡Cielos!—exclamó Isabel pálida y conmovida.—¡Esto es incomprensible! Yo revolví toda la tierra muchas veces y no encontré más que una piedra.

Y la niña, al decir estas palabras, miró por casualidad á la ventana de enfrente, que era la del gabinete de doña Nemesia.

Entonces un subido carmín reemplazó la palidez de sus mejillas; tras de las cortinillas estaba, burlón y amarillento, el flaco rostro de doña Nemesia.

Mientras tanto, Valentina corría los cordoncillos de seda del saquito hallado en la maceta de su hermana, y daba vueltas entre sus dedos á una cosa muy semejante al collar de perlas que ella había encontrado en la suya.

Era, con efecto, otro collar, pero de esmeraldas, que brillaban á los rayos del sol de la tarde con los más ricos cambiantes.

Aquella joya valía más que la anterior; las piedras eran gruesas, límpidas, hermosas, y parecían reflejar en su color las tiernas hojitas del rosal de Valentina, que se mecían al soplo de la templada brisa de Abril.

—¡Oh, qué hermosa alhaja!—exclamó Valentina dando saltos de alegría;—ven—aña-

dió después.—Esta será para ti, porque diremos á mamá que la has encontrado en tu maceta; lo mismo tiene que la hayamos encontrado la una que la otra.

—Eso no podemos decirlo—repuso Isabel tristemente.

—¿Que no?

—¡Imposible, hermana mía! ¡Imposible!

—¿Pero por qué?

—¡Mira!

Isabel señaló á su hermana la angulosa figura de doña Nemesia, que las contemplaba con su eterna y burlona sonrisa.

—¡Es cierto! ¡Nos han visto!—murmuró Valentina.—Vamos, sin embargo, á dar esto á mamá.

Las dos niñas pasaron á la sala inmediata, donde se hallaba su madre; mas al mismo tiempo que ellas salían por la puerta del gabinete, entraba por la de la antesala una criada, trayendo una carta en la mano.

—De parte de doña Nemesia—dijo presentándola á su ama.

Esta la abrió y leyó lo que sigue:

«Valentina acaba de hallarse, cuidando del rosal de su indolente hermana, un rico collar de

esmeraldas con broche de lo mismo; es suyo, pues, y ruega á usted que se lo guarde, como el de perlas, su servidora

NEMESIA PÉREZ.»

—¡Esto es incomprensible!—murmuró la señora de Padilla.—¡Mi anciana vecina tiene un proyecto que yo no alcanzo á adivinar! ¡Qué extraño enigma envuelve esa mujer! ¡Ah, mi corazón de madre me dice que Isabel pierde mucho por su carácter indolente y egoísta!

Después examinó el collar, que era de una riqueza maravillosa; el engaste, hecho en oro, era admirable y riquísimo, y no podía dudarse de que su valor excedía al del de perlas.

La señora de Padilla lo guardó en un *necessaire* con el otro hallazgo; sus atenciones crecían de día en día y eran cada vez más apremiantes, y, sin embargo, allí tenía un tesoro en joyas, mas por nada del mundo se hubiera resuelto á tocarlas hasta ver llegar el día 2 de Mayo, anhelado por ella mucho más que por Valentina.

Llegó aquél por fin; desde hacía ocho días el rosal de la mayor de las dos niñas estaba lleno de capullos, que pugnaban por desplegar su rosado seno, opreso entre sus hojas; mas el día 1.º

el más grande rompió sus prisiones y se desplegó fresco y hermoso, destacándose entre el menudo verdor de su ramaje.

El día 2 por la mañana se había convertido en una galana y perfumada rosa.

No hay que decir que al alba ya estaba Valentina en pie delante del rosal, contemplándole arrobada y dando gracias á Dios con alegría.

Poco después la anciana sirvienta tomó las dos macetas y pasó con ellas á casa de doña Nemesia.

En vano quiso Isabel oponerse á que llevasen su rosal, seco, muerto por su incuria y por las heridas que le causó en su afán de buscar; su madre fué inflexible y las dos macetas fueron colocadas frente al lecho de la anciana.

—Niñas—dijo ésta—esas plantas son las imágenes de vuestros caracteres, y lo son también de vuestra existencia; ese rosal cuidado ha producido una hermosa flor y promete otras muchas; es la imagen de Valentina, que será siempre útil y amada; esa planta yerta, seca, helada, es la imagen de Isabel, que jamás valdrá ni aun para sí misma; Valentina ha hallado la riqueza en el fondo de ambas macetas, porque Dios recompensa el trabajo y la laboriosidad; su

hermana encontró sólo una piedra, ingrata y dura como ella; yo coloqué las dos joyas en esas macetas, y las dos ha querido Dios que sean de la activa y generosa Valentina.

Al acabar de pronunciar estas palabras, la anciana se volvió, sacó un cofrecito de plata, primorosamente cincelada, de debajo de sus almohadas, y se lo dió á la señora de Padilla, añadiendo:

—Aquí hay 25.000 duros, que son el dote de Valentina; póngalos usted á interés y le proporcionarán una renta con la cual podrá usted vivir cómodamente con Isabel; esa es la recompensa que yo doy á la rosa que esa niña me ofrece y ha criado para mí; ella es como el postrer aroma que viene á alegrar mi ancianidad y á recrear el último día de mi cumpleaños, porque muy pronto dormiré en el sepulcro; pero entre tanto que llega la hora de comparecer ante Dios, déjeme usted, amiga mía, la compañía de Valentina y dedíquese sólo á cambiar la índole de Isabel.

La señora de Padilla hizo un signo de asentimiento, pues la gratitud hacia la generosa anciana embargaba su voz.

—Hija mía—añadió doña Nemesia con un

acento tan dulce que dejó á todos admirados— hija mía, sólo te pido que me cuides con el mismo esmero que á tu rosal, y sé que lo harás, porque la que se dolía del abandono de una planta se compadecerá mejor de una pobre anciana enferma. . . . .

. . . .

Un año después, y el día 2 de Mayo, una hermosa niña oraba arrodillada ante un nicho recién cerrado en un cementerio.

Delante de la losa funeraria una maceta de loza verde ostentaba un frondoso rosal, lleno de rosas y capullos que se querían abrir como para saludar los restos de una de las mujeres más excéntricas, pero más caritativas que han existido jamás.

La niña vestía luto y lloraba; era Valentina, la suave, la dulce Valentina.

Su madre, también vestida de luto, rezaba como ella.

Isabel, que estaba monstruosamente gruesa y muy fea, se había quedado durmiendo la siesta.

FIN DE LOS DOS ROSALES Y DE LA COLECCIÓN

ÍNDICE